



TOCADOS Y CHUMINADAS

TOCADOS Y CHUMINADAS

**O sea qué hacer para no volverse tarumba
... e incluso salir airosa del lance...**

ÍNDICE

1 Punto de partida = empezando por el principio	
Algo así como una presentación	5
De todo hay en la viña del Señor	7
De tal astilla, tal palo	13
Para no ser menos	17
Las vías de las señoras son infinitas	21
2 Dios las cría y ellas se amontonan	23
– Las viuditas	25
A 1	27
A 2	31
A 3	35
A 4	38
A 5	41
A 6	47
– Las de mi quinta	51
B 1	53
B 2	56
B 3	60
B 4	64
B 5	67
B 6	70
B 7	72
B 8	75
B 9	79
B 10	82
B 11	84
B 12	86
B 13	89
B 14	92

– Los retoños de las de mi quinta	99
C 1	101
C 2	104
C 3	107
C 4	110
C 5	113
3 Apéndice	117

Punto de partida = empezando por el principio

Algo así como una presentación

De todo hay en la viña del Señor

... o de la señora, dado que se trata de menda lerenda.

Pasé años viviendo en el extranjero, dedicándome inicialmente a actividades que tenían un enganche con mi nacionalidad (profesora de español, traductora, intérprete, etc.).

Por purísima casualidad, durante un buen número de esos años la parte MÁS SUPER IMPORTANTE de mi trabajo estuvo basada en la ideación de prendas de punto que se publicaban en todas las revistas italianas del sector.

Quiero decir que calcetaba como una loca, con prisa y sin pausas, contenta como unas castañuelas de lujo.

Y ver las fotos de mis prendas en aquellas lujosas revistas era un acicate para seguir y seguir.

Las revistas llevaban siempre las instrucciones para copiar la prenda. Conocí un grupo de señoras simpatiquísimas expertas en dar estas instrucciones, porque yo a veces me pasaba de rosca al dar rienda suelta a mi imaginación y me inventaba demasiadas cosas.

En ese período Italia era puntera en este sector. Y, usando una frase manida, lo era a nivel mundial. Bastaba ver a los que abarrotaban las Ferias Textiles, que venían de todito el mundo.

Había una zona en Toscana donde la industria estaba basada en idear nuevos hilados, utilizando como base:

-lanas australianas,

-sedas chinas...

¡qué se yo!

Tuve la suerte de trabajar como diseñadora para una de las hilaturas más gordas.

¡Lo que tal hacía dicho cliente!

¡El no va más!

Quando iba a verles, conociendo mis manías, me llevaban a los gigantescos almacenes llenos a rebosar de enormes balas de lanas, sedas y otras cosas que venían de lugares remotos.

Me daban un mandilón, para que no me pusiera hecha un asco, y servidora se pasaba una horita sabrosa, cuchillo en ristre, y a lo menor subida a una escalera, abriendo agujeritos en lo fardos para meter el índice convertido en anzuelo y “picar” un cachito de su contenido.

¡Menudas maravillas tocaron mis deditos y vieron mis gafas!

Dos veces al año me tocaba el estupendo honor (yo lo veía así) de presentar en las Ferias textiles más importante, los jerseys o lo que sea, hechos a mano utilizando los novedosos materiales que se inventaban estos amados clientes hiladores.

Insistían siempre en que yo estuviera presente en tal ocasión y rebosaban de orgullo al presentarme como su diseñadora española de prendas calcetadas (*todavía conservo un rollito de mis estupendas etiquetas, diseñadas por una amiga – catalana de origen e italiana por matrimonio*).

En ese momento mi nacionalidad resultaba muy chic.

Y sobre todo creo que les pirraba mi largo nombre de pila, con preposición y artículo en medio.

O era el efecto de mis extraños trajes ingleses, el pelo con trencitas, los collares increíbles y los cinturones que quitaban el hipo.

Esto en invierno.

Porque en verano cambiaban los collares, cambiaban los cinturones y me vestía:

- con las enaguas de las abuelas de mis amigas teñidas con batik,
- las camisas de sus maridos (directores de empresa = camisas caras de telas buenas), a las que les quitaba el cuello y les cosía otros enormes hechos a ganchillo por mí mientras iba en tren o esperaba el autobús,
- o bien las camisetas de los abuelos de alguien teñidas, bordadas o con aplicaciones de sabe-Dios-qué-cosa.

Mis atuendos veraniegos inventados –y sobre todo reciclados- se vendían como rosquillas en las boutiques super-in del centro de Milán.

Creo que los que me conocían aprovecharon la oportunidad que servidora les brindaba para vaciar los baúles de familia.

Reconozco que, en las Ferias, el orgullo se me subía a las orejas, realmente, viendo el éxito exitoso que cosechaban mis prendas.

Yo insistía en que lo importante era la calidad y la originalidad del material utilizado, pero los clientes de mis clientes se me pegaban cómo lapas, poniéndome perdidita con tanto incienso.

Algunos clientes de los diversos hiladores, fabricantes de prendas de punto, claro, me encargaron la ideación de sus colecciones de moda.

Pasé años recorriendo Italia en tren, en 2ª o en 3ª clase, arrastrando unos capazos que me llegaban a la cintura y que estaban repletos de mis prendas.

Esto estaba en enorme contraste con los hotelones con muchas estrellas en los que me alojaban los clientes –hiladores o fabricantes de prendas, según, que eran los paganini, o sea los que pagaban-, los restaurantes a los que me invitaban, los cochazos con que me recogían en la estación y llevaban de vuelta a ella...

¿Y cómo olvidar el recibimiento triunfal que me hacían en las fábricas, donde el personal incluso estaba a mi disposición para convertir en muestras mis dibujitos tontos de punto de cruz que se convertirían en la colección masculina hecha a máquina.

¡¡Qué super gozada!!

Si bien han pasado siglos desde entonces, todavía guardo amorosamente:

- los cuadernos con mis diseños,
- un atadito con lapiceros de colores,
- un archivador con los dibujos de punto de cruz,
- kilos y kilos de algunos de esos hilados maravillosos... que me prestan una super ayuda cuando me dedico a hacer mis cuadros lano-sos...

Un día “D” (= D de demente) decidí amontonar armas y bagajes y regresar al terruño natal.

No tenía ni la menor idea de a qué me iba a dedicar.

Pero era bien cierto que eso de cruzarme de brazos en plan reposo del guerrero no formaba parte de mis planes.

Está claro como el agua clara que, tras un montonazo de años ausente, para mí todo tenía un cierto matiz de novedosidad.

Conocía a numerosas personas de mi quinta, pero tenía la impresión de que me observaban con curiosidad y cierta sospecha.

Y no era sólo impresión.

Alguna alma bondadosa me puso al corriente de ciertos comentarios que me dejaron turulata.

*Por ejemplo, una amiga de infancia que había puesto en pie una academia de idiomas – contando con el propio bagaje personal de **una estancia de 3 meses en Inglaterra** – me veía como un peligro gordísimo para su business.*

Esto lo sé de buenísima tinta.

¡Qué se le iba a hacer!

Nada, que me armé de santísima paciencia y decidí esperar esperanzosa lo que se terciara, manteniendo siempre muy tiesas mis antenitas.

Mi sempiterno optimismo obtuvo su recompensa.

Charlando con una amiga de un sinfín de cosas, por eso de ponernos un poquitín al día, me comenta que su hija se va a casar y que está hasta las narices – y super harta – del latazo que le propina constantemente, porque no hay nada que la convenza en plan tocado.

Se ve que, en el fondo en el fondo, era una fan mía, porque de repente me suelta:

- *¿A ti se te ocurre algo, tú que eres tan original?*

Respuesta:

- *Primero preséntamela, que por lo menos la conozco.*

No hay problema.

Invito a cenar en mi casa a padre, madre e hija.

Aceptan encantados,

- en primer lugar porque se esperan un menú exótico,

- en segundo lugar (*no me cabe la menor duda*) porque se morían de curiosidad por ver mi “nido”.

En plan aperitivo, antes de sentarnos a la mesa les ofrezco la “visita turística” de mis cosas.

Casi todos los elementos decorativos de las paredes eran obra de

las manitas de servidora. Los demás objetos, tipo alfombras, lámparas, cuencos, etc. los había ido recogiendo durante mis viajes.

Nos ponemos a cenar.

Comen como limas, los tres sin excepción.

Mi amiga y su marido, a lo tonto a lo tonto, me hacen un interrogatorio en puro estilo Gestapo. El mismísimo Himmler les habría dado una medallita y todo. Muy merecido.

Yo no me corto ni un pelín a la hora de dar respuestas exhaustivas y el tiempo se nos pasa volando.

De repente caigo en la cuenta de que la futura novia no ha dicho ni mu en todo el tiempo.

Sintiéndome algo culpable le comento:

Oye, tienes que perdonar. Tu madre y yo somos dos cotorras y hacía mucho que no nos veíamos. Ya sé que estáis todos plenamente dedicados a los preparativos de tu boda...

No puedo terminar la frase.

Tiene la mirada clavada en uno de mis cuadros, una esfera con materiales de diverso tipo muy resultona, que siempre fue una de mis ideas más logradas.

Y que siempre cosechó éxitos a manta.

Con aire entre melancólico y romántico suelta un suspiro musitando:

Me gustaría un tocado así...

Los presentes nos convertimos en piedra pómez, servidora la primerita.

Sacudo la cabeza para espabilarme y le digo:

- Si quieres te preparo una muestra con materiales blancos y luego me dices lo que piensas.

Respuesta inmediata:

- Si, porfa, ¿verdad mamá?

Mi amiga es la imagen de la estupefacción.

Primero traga saliva haciendo un glu-glu-glu que es imposible no oír y luego suelta:

- Lo que a ti te parezca, hija. Eres tú quien decide.

Esto es lo que adornó su cabecita en tan señalado día:



De tal astilla, tal palo

La madre de la novia se contagió “gravemente” del entusiasmo de su retoño, que estaba feliz como unas castañuelas.

Y eso pese a que, al parecer, le había salido una refunfuñona de padre y muy señor mío.

(Fuente: reiterados comentarios de su progenitora, ¡claro!, que a mí no me tocó vivir dicha etapa).

Me divertí pero que requetemucho ideando su chuminada.

Mi “creación” realmente tenía mucha miga.

Y un día, cuando mi amiga me pescó en pleno ataque de je, je, ji, ji, ji, acabé contándole el motivo de mi patente hilaridad.

Lo recordé que, de jóvenes, éramos unos santísimos angelitos. Servidora estudiaba en un colegio de monjas y ella no, pero eso no era ni óbice ni obstáculo.

(Uyyyyyyy, creo que hacía más de medio siglo que no utilizaba esta expresión, que siempre me pareció super estupenda)

Menda de vez en cuando iba cada día a la misa del colegio y se quedaba para rezar el rosario por la tarde.

Pero ella se apuntaba a todas las benditas novenas de las diversas iglesias.

¡Unas verdaderas santitas!

Lo único que no compartíamos era eso de los novietes y de los bai-longos.

Ella apuntaba firmemente a crear una familia y tener varios niñitos, mientras mi meta era la fuga, la fuga, LA FUGA, aunque todavía no tenía ninguna meta prevista.

Por suerte ambas tuvimos la suertaza de ver satisfechos nuestros deseos, si bien en lugar de ocuparse de un grupo de descendientes le tocó darse por satisfecha con la heredera actualmente casadera.

Pero cuando éramos jovencitas, pasó algo muy divertido (*para mí, claro, no para ella*).

Los Carnavales eran fuente de gran inspiración para los curas, que desde el púlpito tronaban incesantemente contra cualquier tipo de bai-longos, por considerarlos el máximo nivel de lo pecadento.

Recuerdo alguno que era un cachito de rosca en período normal, pero al que durante el período carnavalesco le salía llamitas infernales de ojos y boca, dirigidas sobre todo a los feligreses o feligresas que se disfrazaban o –peor aún– se ponían el llamado capuchón.

Si aquellas ánimas santas levantaran la cabeza y vieran por un agujerito lo que tal pasa ahora...

Creo que uno de estos días me voy a ver de qué tratan los sermones actuales, por eso de no quedarme en sublime ignorancia.

No es que no ponga mis taconcitos en alguna Iglesia.

En ciertas ocasiones tuve que acompañar a algún invitado a que cumpliera su rito dominical.

Mi opción era llevarlos a la misa cantada en latín en S. Ambrosio, que por lo menos era como estar en casa, porque el “credo” en gregoriano es igual para españoles, ingleses, etc.

Pero así descubrí algo que me pirra: la misa dominical de rito bizantino que se celebra en una iglesia de allí al lado a las 10.30, donde 4 señores con voces mágicas cantan a 4 voces unos salmos o lo que sea, que resultan una maravilla.

Pero tengo que confesar que cuando el señor vestido con el camión rematado con puntillas y una lujosa casulla se pone a hablar, mi atención de va de paseillo por los cerros de Úbeda... y vuelve al redil sólo cuando esas magníficas 4 voces me pegan una sacudida.

Han pasado 4 años desde la última vez que fui, porque no me llegó ningún otro amigo cumplidor de deberes religiosos.

Casi me da miedo volver y que esas 4 voces hayan sido sustituidas con un disco.

Este domingo controlo, y así salgo de dudas, que tampoco me apetece quedar en vilo así como así.

Volviendo a los Carnavales previos a este “interludio”, a mí ni loca me pillaban en esos lances.

Lo único que acepté fue participar en el baile de gala inicial llevando puesto mi costoso vestidazo de presentación en sociedad (subvencionado por mi abuela, que fue la que se empeñó en que diera dicho paso).

Siempre me gustó bailar, pero esas fiestotas, en las que era absolutamente obligatorio divertirse, vestidos de no-sé-sabe-qué, incluso con una mascarita en la cara, ¡na!, que nunca me apetecieron.

¡Menos mal que conseguía escabullirme sin problemas familiares.

Pero la madre de la novia en cuestión era una verdadera adicta.

Como resultado, un buen día me la encontré casi gimoteando. Sin casi, a decir verdad: lloraba y lloraba, con unos lagrimones de pasmo.

Se había ido a confesar, como hacía cada semana –¡buena chica!. Pero el cura se negaba a darle la absolución.

Había cometido el gran pecado de ir a esos bailes, y quería mandarla al canónigo penitenciario de la Catedral.

Me parece recordar que es el trámite para conseguir el perdón eterno si uno mata a un obispo o a un rey.

Pero han pasado muuuuchos años de cuando oía esas historias.

A lo mejor me engañaron y es algo parecido a aquellos personajes asusta-niños como “el hombre del saco” o los tiernitos como el “ratoncito” que nos dejaba un regalito debajo de la almohada cuando se nos caía un diente de pequeñines.

A lo que iba, evocando aquel asuntillo, le he plantado plumitas navalescas así como toques de color violeta, típico de las casullas de los curas y de los tejidos con los que se suelen tapar los altares de las iglesias durante el período de cuaresma.

O a lo mejor estaba recordando los hábitos de alguna cofradía de esas que con sus capuchones recorrían las calles de la ciudad en ocasión de las procesiones de la Semana Santa, el Jueves y el Viernes Santo.



Para no ser menos...

...La futura suegra y consuegra respectivamente, no quiso quedarse atrás.

También ella me encargó su tocado.

Yo me la recordaba un poquitín chabacana. Bueno, una de esas a las que les encantan las cosas que relucen y que no pasan desapercibidas.

De hecho fue la primera que, en cuanto salieron al mercado los zapatos dorados, previstos para todo el santo día y no sólo para ir a las fiestas de gala, estrenó inmediatamente unas bailarinas doradas ¿o plateadas?).

No estoy segura, pero si me acuerdo de que brillaaaaban muuuucho.

Empezó por las bailarinas de tapa baja, pero luego, para ir de fiesta, se subía a unos zapatos que entonces me parecían de equilibrista, con tiritas finas y los taconazos de aguja más altos que encontraba.

Claro que todavía no habían hecho su aparición las plataformas, cuñas, taconazos fiiiiniitos y demás novedades posteriores.

Imagino que ya no guarda en el armario ningunos de los zapatos antedichos. En comparación con lo que hoy se ve, resultarían adecuados incluso para las medio cojitrancas como servidora.

Otra cosa que me chocaba era lo orgullosa que se sentía cuando los obreros de la construcción le soltaban unos silbidos de muerte, cada vez que pasaba por la acera.

A las todas las demás chavalas era algo que nos ponía negras.

Más de una vez elegimos otra calle, con tal de evitarnos ese jaleo, que nos ponía negras.

En aquel año remoto en que Mary Quant hizo popular la mini-falda, ni lo dudó un momento.

La primera y más corta fue la suya.

Todo hay que decirlo: no cabía la menor duda de que se lo podía permitir, con su cuerpecito saleroso, eso sí.

Lo raro es que en su casa no hicieran objeciones.

Era todavía una chavala cuando se plantó una melenaza rubia tipo oro de 24 quilates.

¿Cómo consiguió el permiso de los papis?

¡Bah!

¡Beh!

¡Bih!

¡Boh!

¡Buh!

Claro que a esto siguió una permanente apretadísima que pude admirar unas Navidades en que volví de Londres, cuando el afro era puntero.

La verdad es que se ponía lo que fuera con una tranquilidad envidiable.

Y reconozco que todo le quedaba fetén.

Creo que en rinconcito muuuuuuy oculto de mi corazón incluso envidiaba el que tuviera tanta cara.

De cara nada: ¡¡¡¡una carota monumental!!!!

Temo que lo mío fuera pura envidia cochinita.

Cuando le tocó acompañar a su hijo al altar, lucía una melenita corta color bronce.

Reconozco que el tocado que le preparé le estaba superior, o sea que le favorecía un montón.

Y se conjuntaba muy bien con el precioso vestido de tonos metálicos color latón/bronce que llevaba puesto.

¡Una maravilla!

Y que le quedaba como un guante, a propósito, sobre todo por lo apretado.

Menuda planta tiene la tía.



Las vías de las señoras son infinitas

Estaba pensando en hacerme uno de esos tatuajes que están tan de moda, con la frasecita que fue el lema de mi existencia: “no hay mal que por bien no venga,

Pero después de debutar como “sombrerera” (lo de “tocadora” = que hace tocados, suena fatal) empecé a dudar si, en cambio, me convenía optar por la definición de más arriba.

Porque de repente se me encendió un faro en el cráneo.

Me pareció un método estupendo para seguir experimentando mi creatividad sin por eso recubrir todas las paredes con mis “cosas”.

Porque, una vez entregada la chuminada, me bastaba pegar concienzudamente una foto en un álbum chungo que me agenció para considerarme satisfecha al 100%.

Y sin descuidar los dineritos jugosos que entraban en mi hucha, que no eran moco de pavo.

**A partir de ese momento tuve la satisfacción de que me
llovieran los pedidos.**

**Y en ciertos momentos de primavera-verano
¡es que no daba abasto!**

Dios las cría y ellas se amontonan

Eso de “amontonarse” es
mero eufemismo,
licencia literaria,
libertad poética
... o cualquier otra hierba similar.

Mis viuditas

– A 1 –

Cuando la volví a ver hacía poco que había cambiado su estado civil, de acuerdo con lo que cantábamos saltando a la comba (soltera *-doble-* casada *-doble-*, viuda *-doble-* monja *-doble-*).

Quiero decir que acababa de enviudar, ¡caramba!

Es que me temo que no se me da eso de decir las cosas sin andarme con rodeos

(Durante el recreo en el Cole, los diversos juegos con la cuerda eran un “deporte” muy popular.

Y se organizaban unas competiciones que nada tenían que envidiar a los Juegos Olímpicos que se pudieron ver muchos años después, cuando apareció la tele).

Es una mera disquisición, pero tengo que declarar que a mí su marido me caía estupendamente.

Me encantaba – *mejor dicho, me salvaba el alma* – el que me hubiera dado permiso para coger prestados todos los libros que se apiñaban en su fenomenal biblioteca.

Sistemáticamente fui recorriéndola, un estante tras otro, saltándome sólo los de historia, política, economía, filosofía y religión, que hasta la fecha siguen aburriéndome a muerte.

Lo mío era la novela.

Por suerte estaba encantado de encontrar un ratón de biblioteca, porque a sus hijas – que eran mis amigas – eso de la lectura les importaba un pepino en ensalada aderezado con menta y aceite virgen de oliva *(una de las cosas que me encantan cuando hace calor).*

Otra cosa muy de agradecer, y esto era mérito de ella es que la **puerta de la casa estaba siempre abierta.**

Por tal motivo, por las tardes, se organizaban unas tertulias fenomenales, antes de ir al cine o a tomar unos vinillos a Las Torres.

Y no sólo eso.

Algunas chavalas bordaron allí su ajuar de futuras esposas.

Confieso que observar toda aquella concentración dedicada a boques, ojetes, festones, filtiré y otras minucias que adornarían sábanas donde dormirían tipos desconocidos en aquel momento... nada, que me concentraba para que no se me pusieran los ojos/las gafas como platos...

En ese acogedor cuarto de estar, dominado por la habitual mesa camilla con sus coquetonas falditas, me planté cual cactus durante los períodos en que me tocó estar aparcada en mi pueblo.

¿Por qué ninguna de mis “conmilitonas” hacía crochet, me pregunto?

Perdí una ocasión de aprender yo también a hacer algo chuli.

Quienes tuvieron la desgracia de compartir conmigo los asientos del tren (pasé años y años yendo y viniendo de la Ceca a la Meca usando ese medio de desplazamiento) se habrían quedado encantados de que me limitara a usar una agujita ganchuda y no las dos de calcetar que – por mucho que estuviera atenta – llevaba aparejado el que de vez en cuando les propinara algún que otro inevitable codazo en las costillas.

Lamentablemente nunca tuve ocasión de aprender a hacer algún punto interesante con el ganchillo, aparte de esa especie de patita ciega que no sirve para casi nada.

Pero me las arreglé de todos modos para sacarle mucho jugo, porque usé dicha patita para rematar muchas prendas e incluso hacer unos cuellos impactantes por los colorinches que mezclaba en ellos.

Mi viudita estaba super encantada de mi regreso definitivo, porque así se podía aumentar el ámbito del palique habitual.

En cuanto asomaba mis canitas por la puerta ya empezaba con eso de “¡ay qué bien, cuenta, cuenta!”

Y yo contaba y contaba, claro, sin hacerme de rogar.

Sin orden ni concierto, eso sí.

Reconozco que soy una hermanita gemela de la señora lluvia, porque mis gotas (léase relatos) caen aquí, allí, se mezclan, hacen un charquito...

Es obvio que a mi regreso, entre aventuras varias, innumerables viajes y actividades de todo tipo, el abanico de mis narraciones contaba con unas dimensiones de todo respeto.

Mi benévolo auditorio en algunos casos dejaba de bordar o se quedaba con las agujas de calcetar en el aire esperando lo que iba a seguir.

Tengo que reconocer que, incluso en mi período estudiantil, con tanto pegar saltos en el verano de país en país y de trabajo en trabajo, era indiscutible que, como cuenta-y-recuenta-historias, tenía cuerda para un largo (e incluso larguísimo) rato.

Mi público no podía ser más atento, curioso, interesado... e incansable, que todo sirve...

Todo esto me ayudaba a entretener la pesadísima espera del momento en que de nuevo agarraría el asa de mi maletona para salir zumbando con rumbo adonde fuera.

Lamentablemente, todavía no habían aparecido en el mercado las elegantes maletitas con rueditas y un bastoncito para arrastrarlas con elegancia y sin esfuerzo.

Todavía me río recordando mi llegada a la estación Termini en Roma, vestida con un traje de chaqueta inglés, taconcitos, DOS MALETAS ENORMES EN LAS MANOS Y OTRAS DOS MÁS PEQUEÑAS DEBAJO DE LOS BRAZOS... y con aire de una que sólo lleva vasos con orquídeas.

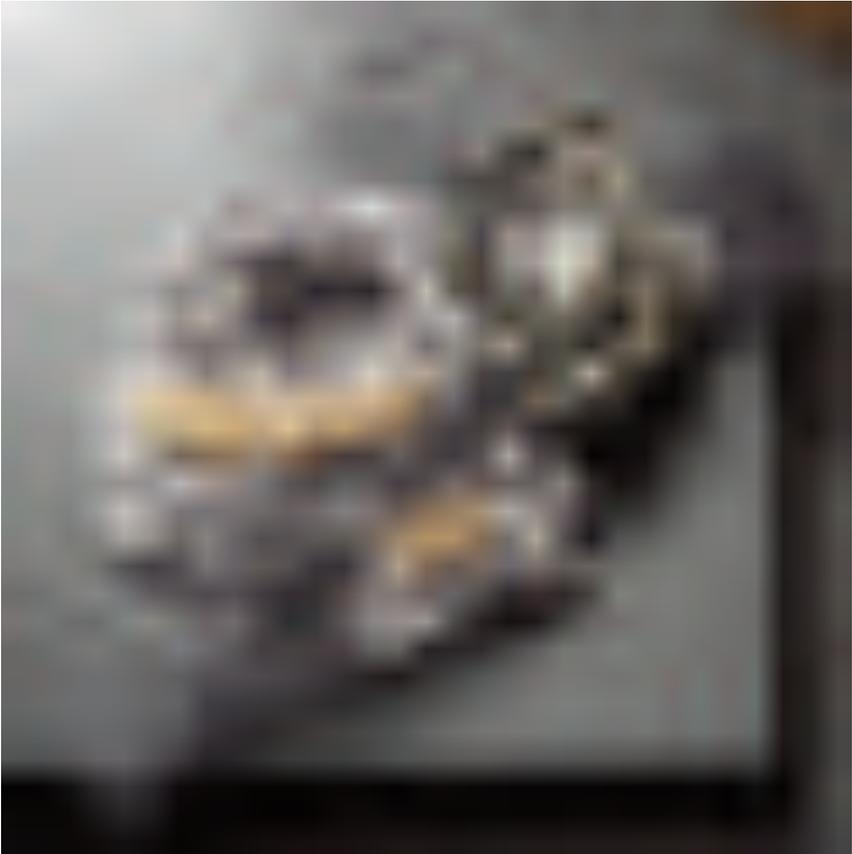
Quien me esperaba estaba convertido en un poste de la luz, por el asombro, digo yo.

Tuve que pegarle una dulce patadilla en las canillas para que saliera de su ensimismamiento.

Volviendo al presente, constaté con gran sorpresa que ya nadie le daba al pitillo. Si alguna era realmente una fumadora empedernida, se salía al balcón y santas Pascuas.

Lo que me venía muy bien, porque habiendo sido siempre una fumadora inútil, el olor del tabaco me sentaba fatal.

Quando, ¡por fin!, mi querida viudita tuvo la oportunidad de recurrir a mi “asesoramiento”, lucía de lo más sandunguera con el tocado que le destiné.



– A 2 –

Creo que su matrimonio empezó de modo romántico, tipo novela rosa.

Su familia se había marchado a América (cosa frecuente entonces, cuando muchos dineritos gallegos se atesoraban en la otra parte del Atlántico).

Ella se quedó acompañando a su hermano, que estudiaba medicina en Santiago. Vivían en una pensión, como solía hacerse en aquella época, dado que aún no existían los Colegios Mayores, las Residencias de Estudiantes ni otras estructuras similares.

Doy por sentado de que durante las vacaciones ambos se marchaban a la casona familiar.

(Por raro que parezca, y con lo aficionada que soy al tercer grado, jamás se me pasó por las mientes someterla a tal tratamiento)

En la pensión de marras vivía también el vástago de la familia, muy mimado, mejor dicho ADORADO por sus tías solteras.

Era el clásico seductor estilo Rodolfo Valentino, con pelo rizo y mirada ardiente (como los personajes de Corín Tellado, vaya).

Total, que se la llevó al huerto, previo paso por la vicaría.

Y como el tipo hizo un carrerón exitosísimo, acabó trasladándola a la capital, donde aprovechó para ponerle los cuernos con todos los elementos del género femenino que se le ponían por delante.

¿Cómo lo sé?

Porque la vida es un moquero de esos chiquitines y con puntillas que se ven en las películas, cuando llega la policía a casa de una señora, le dicen que a su marido lo asesinaron... y la tipa agarra algo diminuto y lujoso para secarse sapientemente los lacrimales con aire compungido.

Inciso que no viene a cuento

Temo pertenecer al género animal, dado que a veces practico eso que se denomina “llorar como un becerro”.

Si algo presiona mi talón de Aquiles mental, lo primero que noto son chorretones de agua que inundan mis gafas, la prenda que llevo puesta e incluso la mesa –si estoy trabajando.

Esta catarata llega de modo inesperado.

Y el pañuelín de las pelis no me serviría pa ná.

Porque la catarata no se para en los ojos.

O sea que me encuentro con esas llamadas “velas” desplomándose de la nariz.

Que ni siquiera tienen tiempo para solidificarse, es pura agüita...

¿La solución? Agarrar el rollo de papel de cocina y consumir metros y metros sonándome ruidosamente.

Trato de no hacerlo, pero es algo que no controlo.

Y lo que realmente me espanta es que tanta aguota le haga daño a mis pobrecitos ojos averiados.

Ahora vuelvo al simbólico “moquero” mencionado.

En una ocasión en que yo me estaba yendo a la capital –¡lo que son las cosas!-, coincidimos en el vagón de literas.

Al llegar, como se daba el caso de que vivíamos cerca, cogimos el taxi juntas.

(Han pasado mil años pero lo recuerdo como si fuera hoy).

El taxi se para en un semáforo de la calle de Alcalá.

Por casualidad estoy mirando hacia la derecha, a los peatones que esperan el verde para pasar.

...Y me veo a su marido, siempre elegantísimo, de ganchete con “algo” absurdo: una giganta gordinflona y hortera, con melenaza permanente y teñida de rubio, con manchones del color original...

¡Algo grimoso!

Mi primera reacción es quitarme las gafas y dejarlas caer en mi regazo, teniendo cuidado de no escacharrarlas...

Por eso cuando la increíble pareja pasa por delante del taxi y la esposa oficial ve ese espectáculo y empieza a sacudirme el brazo diciendo: “*mira, mira, mira, ahí está con esa furcia*”, me limito a mirarla desconcertada con mis ojitos miopes balbuciendo eso de “¿qué?, ¿quién?, ¿dónde?”...

... cuando ya el taxi se pone en marcha.

Como resultado, me invitó a su casa para contarme la amarga historia de su vida... que es fácil de imaginar.

Lo que sí me dejó pegamentada fue su comentario de que, como reacción a la traición que – sin que nadie lo supiera – llevaba aguantando desde hacía una eternidad, había optado por sentarse al lado del radiador envuelta en un abrigo y mirando fijamente la tele.

Así pasó años, años y años.

También recuerdo que su modista le creaba unas prendas demenciales, todas de telas de esas gordas y tiesas que se usan para los abrigos, porque siempre, siempre, siempre tenía frío.

Luego supe que el Valentino de marras, enfermó de no sé qué y – creo debido a que en su Seguro constaba como dirección el domicilio conyugal – corrió a que lo amparase su abandonada esposa.

A la cual, horror de los horrores, ni se le pasó por el cráneo la idea de negarse a acogerlo.

Al parecer, de repente se le olvidó que lucía en su cabecita una magnífica cornamenta debida a los treinta años de adulterio que le tocó tragarse.

Peor aún.

Me quedé pasmada una vez que me la encontré en el hospital, sentada en una sillita al lado del fornicador, acariciándole una mano amorosamente.

El interfecto pasó años viviendo en el domicilio conyugal, sin tener que pagar ni alojamiento ni manutención, cuidado como si fuera una mariposa rara, y haciendo lo que siempre había hecho: lo que se salía de sus sacrosantas narices... partes bajas o sabe Dios...

También recuerdo haberle soltado, no sé en qué momento ni por qué motivo esta frase demencial:

“Ahora me voy, porque no sé a quién quiero liquidar primero: al cerdo cabrón que está ahí en la cama o a la tonta del culo que ha olvidado todas sus cabronadas”.

El tocado se lo regalé, claro.



– A 3 –

En mis recuerdos sonreía siempre e incansablemente.
Y no lo hacía sólo por cumplido.

Es que no podía evitar ver la vida como un arco iris en el que predominaban los tonos rosaditos.

Derrochaba tanto entusiasmo que casi estomagaba, porque no era para tanto, caramba.

No tengo la menor duda de que el destino la había seleccionado para casarse en tierna edad y tener muchos churumbeles, como así fue.

En ese período se trataba de 18 años ella y de 22 el marido to-be, si salía de la Escuela Naval.

Pero lo que me chifló es que, cuando se ennovió, metió en el armario todo lo oído previamente en los repetidos sermones que hablaban y hablaban de los pecados de la carne... y le echó el cerrojo.

No hablo de ninguna de las cosas que aprendí, ya madurita, sobre la “carne” bíblica.

Es que por aquel entonces, si te cogían una manita en el cine eras ya novia formal e implicaba que antes te habían preguntado como a la ratita del cuento “¿te quieres casar conmigo?”.

Y, una vez celebrada la ceremonia de la petición de mano, con el intercambio de los consabidos regalos (sortija para ella, reloj o gemelos para él), ya podías ir de ganchete por la calle.

Pero de besotes....

Na de na...

En una ocasión que volví a casa, supe que era la comidilla de la ciudad porque, al parecer, ella iba a esperarle cuando salía de la Escuela Naval.

Y en el trole se pegaban unos achuchones tremendófilos que hasta incluían besos de tornillo.

– *Jesús, Jesús, Jesús, cuando tal cosa se vio, comentaban escandalizadas las beatas.*

Ni siquiera en las pelis se había visto nada así.

La censura imperante en aquella época se encargaba afanosamente de salvaguardar la moralidad de los ciudadanos y evitaba que se pusieran nerviosos ante escenas que consideraban poco edificantes.

Siempre, siempre, siempre, cuando una pareja se miraba con ojos llenos de emoción y las caras lentamente empezaban a aproximarse...

...y ella ladeaba la cara hacia la derecha...

...y él hacia la izquierda...

¡¡zas!!

Se cortaba la escena y a otra cosa mariposa.

Todo muuuuy distinto de las pelis de hoy, que hay veces en que se ponen tan brutos que casi te salpican y todo

A mí del cotilleo me puso al corriente la asistente, mientras fregaba el suelo de la cocina, porque presencié uno de tales arrebatos en el trolebús que compartían.

Además, según las-malas-lenguas, para colmo de los colmos, cuando iban por la calle, él la llevaba siempre estrujadísima, cosa que en aquel entonces no se estilaba, por considerarse algo super peccadento.

A mi regreso, y pese a la pérdida de su amado “compañero de vida” y a mil vicisitudes negativas, la sonrisa seguía iluminando su carita de muñeca japonesa.

Siempre que podía, menda pegaba un salto al quiosquillo que ella regentaba, para intercambiar dos bobadas.

Me encantó hacerle una chorradita matrimonial,
no recuerdo para qué ocasión



Estuvo casada con una de las autoridades de la ciudad.

Su marido, de niño, fue vecino de casa de mi madre. Y creo que esta última en el fondo se consideró siempre una especie de novia putativa.

Es posible que los respectivos padres bromearan al respecto. Pero no tengo ni la menor constancia de ello.

Es más, cuando se me ocurría preguntar algo sobre mis abuelos, a mi progenitora le daba un intenso telele.

O sea que el machito en cuestión, si cayó en la cuenta del tejemaneje, hizo oídos sordos... y creo que salió airoso del brete.

La *vox populi* lo consideraba eso que se denominaba “una bellísima persona”.

A mí me caía super bien.

Siempre tuve la impresión de que, pese a los cargos públicos que desempeñó reiteradamente, en el fondo siguió siendo tremendamente tímido.

Pero, eso sí, un aguerrido Caballero de Malta, con armadura y espadota en dotación, cuando se trataba de defender los valores referentes a la *res publica* que había hecho suyos

Por el contrario, ella era una “relaciones públicas” innata y suplía abundantemente sus limitaciones, derrochando chácharas por doquier... sin prisas pero sin pausas...

Un buen día me pasó una cosa que entonces no me hizo ninguna gracia.

Yendo en el Castromil a Santiago un 14 de febrero, fiesta de San Valentín, me tocó sentado al lado (*en esa banquetita suplementaria que entonces había para casos de emergencia*) un chico que vivía en Madrid.

El cual, de repente, mes y medio más tarde, apareció un buen día en el portal de la casa que compartía con algunas compañeras, diciéndome (*contento como un Papa de los de antes, que el de ahora anda bastante agobiado, el pobre*) que había dejado su trabajo ¡para estar cerca de mí!

Esta situación me ponía de los nervios, porque el tipo en cuestión no me importaba un pimiento morrón.

No recuerdo como conseguí sacudirme de encima semejante engorro.

Todo esto tratando de resolver el problema del modo más reservado posible y tratando de hacerme la longuis.

Pero me salió el tiro por la culata

La destinataria del tocado, no dudó mínimamente en decirle a mi madre, cuando se encontraron en alguna novena, que iban a emparentar ¡¡porque el X en cuestión era su sobrinito!!

Afortunadamente, cuando vino a encargarme su tocado, ni siquiera mencionó aquel episodio.

Es posible que lo hubiera olvidado, después de tantos años.

Y a mí ni loca se me ocurrió avivar sus recuerdos.

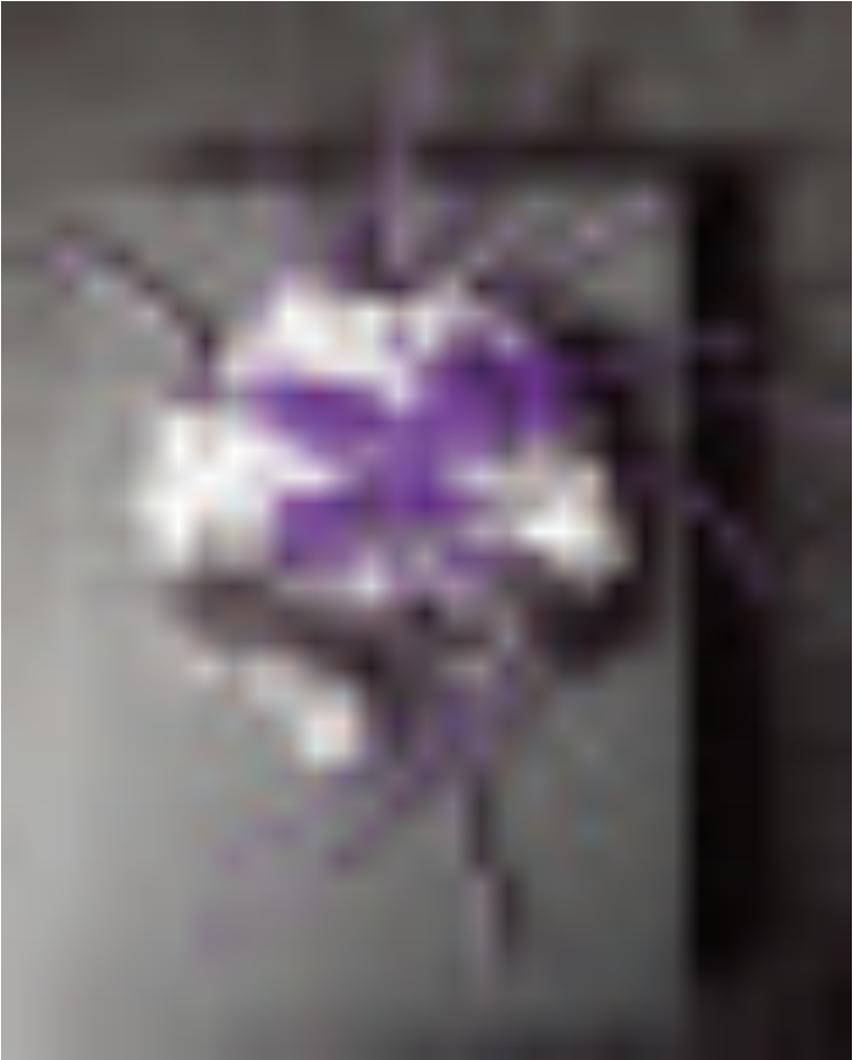
Cuando vino a hacer la primera prueba, me hizo gracia ver que era la de siempre. Se miraba a la derecha, a la izquierda, por detrás, sin dejar de comentar:

“Hijita, que gracioso.

Qué original!

Oye nenita, creo que me está muy bien.

No es exagerado, ¿verdad?”.



– A 5 –

Su marido q.e.p.d. era un morenazo, llamado “el indiano” (a sus espaldas, claro) porque, como muchos de los de su pueblo, había hecho su fortuna en América.

¿Por qué no le llamaban “el gordinflón brasileño”, en cambio, que era algo evidente, según mis noticias?

Me contaron que, en uno de sus viajes, se trajo en el trasatlántico uno de esos llamados “haiga”, un cochazo enorme pintado en dos colores: crema y fresa, como cualquier helado de corte de La Ibense.

No consigo imaginar cómo se podían recorrer las estrechas “co-redoiras” sin descuartizarlo en el intento.

Luego supe que –por su cuenta– pagó el coste de la carretera que llevaba a la casa de la familia de su esposa, donde solían pasar temporadas cuando volvían a la Patria.

Y también puso sus dineritos para llevar la electricidad a todo el pueblo, porque antes la iluminación era de carburo (*con unas lamparitas chulísimas, pero que a mí me daban muuuuuucho miedo*).

Naturalmente era el mecenas de las fiestas del patrón, San Cristóbal, en los períodos en que le tocaba estar en la Mamita Patria.

¡Menos mal que hacía algo bueno en favor de sus paisanos... aunque lo guiara sólo su deseo parecer un reyecito y disfrutar del que le rindieran pleitesía!

De hecho su casona estaba en lo más alto del pueblo, y eso espoleaba su innato deseo de plasmar su superioridad.

Desde la terraza veía todo y todos.

Esta generosidad extrovertida y teatral, comprendía también el colmar de joyas a su mujercita.

Sobre todo abundaban los brillantes de todos los tamaños, que se ve que le chiflaban.

La susodicha, en cualquier oportunidad que se le presentaba, lucía una joyería que cortaba el hipo. Digamos que cuando movía las manitas salían destellos a manta.

Y también él, para no ser menos, lucía en el dedo meñique un garbancón de tropecientos quilates.

Según contaba muy ufano a quien se le ponía a tiro, contrabandeara todo aquel bien de Dios dentro del “haiga”, escondidos en los paneles internos de las puertas, que eran de quita-y-pon.

Pero tanto obsequio, regalón o como se le quiera llamar, escondía la cruda verdad suplementaria de que, como marido, su fidelidad no valía una perra gorda.

Tanto en Rio de Janeiro como en el pueblo natal le puso los cuernos a diestra y siniestra, con la mayor desvergüenza... y con toda hembra que estuviera al alcance de sus zarpas pelosas.

No es una metáfora.

Los pelotes negros, largos y rizados le llegaban hasta las uñas.

¡Aggggggggggggggggggggg, qué asquito!

Bueno, pues como la vida enseña, no hay nada como tener dos orejizas.

Y nunca me cansaré de repetir eso tan manido de que el mundo es un pañuelo, un moquero, un rebús, un jaleo espacial, un intrínquilis infinito, etc. etc. etc...

Pues bien, este prologuito insensato introduce el hecho inaudito de que coincidí en la Universidad con una sobrina suya. Más aún, durante un año incluso compartimos habitación.

Mi compa tardó poco en caer en la cuenta de que el término que se debía utilizar con referencia a tanto diamante que adornaba su tía no era “regalo”, sino “inversión”.

Tal dicotomía le resultó evidente con la lectura de las revistas de chismes de la peluquería. En sus páginas satinadas había esos relatos demenciales – con las correspondientes fotos – de los ricos y nobles de todo el mundo que regalaban castillos, chaletos, muebles antiguos, cuadros importantes, joyas, o lo que fuera, a la señora esposa o a la amiguita del momento... para hacer peto, como quien dice.

Ay, ay, ay.

Hubo cosas más graves, pero se ve que el tema no le iba mucho, porque empezaba a contar algo y, de repente, cortaba el rollo de las confidencias, sin posibilidad de apelación.

Como quien la sigue la consigue, y yo a veces soy como un grifo roto, de esos que pierden una fastidiosa y ruidosa gotita clop, clop, clop...

...al final acabó contándome lo que le daba fastidio. Eso sí, con la benéfica ayuda de una pinta de perfumado ponche, que hay que respetar eso de al pan pan y al vino vino...

A lo mejor en el presente caso es más apropiado hablar de in vino veritas... porque el tal ponche la transformó de seria/cerradita en charlatanísima y comunicativa.

Bueno, a lo que iba (o no iba, claro)

Resulta que sus papis, aún sabiendo que el pariente era una bestia lasciva, un verano se pusieron pelmazos insistiendo en que ella se fuera a pasar una temporadita en la casa de la abuela, en la que la figura dominante era el maníaco de marras.

Pues bien ella, si bien ignoraba por completo que la mansión de la abuelita era una copia de la famosa choza de Caperucita Roja, con el Lobo al acecho con sus garritas afiladas, se negó rotundamente a ir allí.

Me explicó que eso de irse a un pueblito en el que no había teléfono, ni autobuses ni nada normal, solo campito.... como que le provocaba un ataque de claustrofobia asfixiante.

¡Pues Dios sabe de la que se le libró, porque dado su carácter, si el Lobo Feroz intentaba algo y ella no podía recurrir a nadie, aquello acababa como el rosario de la aurora, no me cabe la menor duda!

Porque eso de aguantar mecha nunca formó parte de su curriculum. De eso puedo dar fé, dada mi experiencia de vida en común.

¡Menuda era cuando se trataba de aguantar lo que la ponía loca!

A la alegre viudita del Lobo en cuestión, el haber transcurrido buena parte de su vida matrimonial allende el Atlántico, le dejó un ramalazo de originalidad, que se evidencia en el tocado que me encargó.



Es puro cotilleo, pero me atrevo a pensar que fue la última vez que asistió a una boda.

La pobre se pasó la vida poniendo al mal tiempo buena cara sirviéndose de kilos y kilos de aplomo.

Pero como las desgracias nunca andan solas solitas, tuvo la mala suerte de que su hijo (el heredero del Lobo) le saliera completamente rana.

¡Qué digo rana! ¡Toda una familia de batracios!

¡Menudo pendejazo!

Un buen día, ese vago de solemnidad, que no había trabajado ni una hora en toda su miserable existencia, aprovechó la ausencia de su madre para entrar en la casa de ésta, abrir la caja fuerte y despojarla de todos los bienes sabrosos que allí atesoraba.

La inocente mema tardó muchísimo en percatarse de lo ocurrido.

A lo menos ni si habría dado cuenta, de no haber recibido un buen día una carta del administrador de sus ingentes bienes allende el Atlántico.

... ayyyyy---

El amable señor le decía que, para no sentirse un traidor respecto a ella, clienta suya de tantos años, etc. etc., se sentía moralmente obligado a comunicarle que la criatura fruto de sus entrañas, sirviéndose de los poderes que le había otorgado en su día por razones obvias, había puesto a su nombre hasta el último ladrillo de las casas, todas las acciones que poseía y cualquier cosa que tenía valor.

O sea que la había dejado en la mierdosa miseria.

Y no sólo eso.

Ese ser asquerosito, dado que había puesto manos a la obra, y además exitosamente, trató de hacer lo mismo con todos los bienes de parientes y amigos que le habían dado su confianza...

... y los correspondientes poderes, claro...

La inocente madre del Rafles en cuestión, repito, cuando quiso ponerse a buen recaudo, se encontró con una tristísima realidad: la había despojado de todo-todísimo-todo.

Acostumbrada a vestirse en casas de moda de renombre, le tocó contentarse con miserables chaquetitas de Leacril barateiras.

Y su amoroso heredero la sacó de su gigantesca mansión y la puso a dormir en la habitacioncita cutre destinada a la chica de servicio ¡en la casa de su suegra!

Para que no faltara ningún detalle cariñoso, logró encerrarla en un centro de mala muerte, de esos previstos para pobres de solemnidad, que no tienen donde caerse muertos.

¡Qué horror!

Pudo hacerlo porque, además –no sé cómo, con qué medios, pero eso sí, con la ayuda sus ángeles de la guarda especiales, tan ratas como él- consiguió que la declararan legalmente incapaz.

¡Era peor que estar en la cárcel!

Este es uno de esos casos en los que puedo ponerme a pegar alaridos entonando mi lema favorito:

¡Qué bendición ser solterona!

Pero el tal caballere es un cristiano ejemplar.
Va a misa y a comulgar todos los santos días.
No sé como la hostia no se le queda atragantada...

¡¡¡Me encantaría ir a su funeral, pero los cabrones
suelen ser longevos, y no tendré ese gustirrinín!!!

Siempre la consideré una tipeta de armas tomar.

En mi opinión pertenecía a la categoría de los llamados sepulcros blanqueados, para usar una expresión que se me quedó grabada del colegio.

Iba por la calle estiradísima, mirando a todos los lados, pendiente de encontrar caras conocidas para saludar sonriendo con aire de condescendencia real.

Tengo la sospecha que sólo ponía la nariz fuera de casa para ir a las novenas.

Y sólo cuando la invitaban a estar presente en las llamadas “mesas petitorias”, colocadas al final de la iglesia, cerca de la salida.

En esa ocasión las damas “punteras” de la ciudad transcurrían el tiempo que duraba la función -sin verse abrumadas por las ráfagas de incienso- cómodamente sentadas allá al fondo, cotilleando en voz baja todo lo habido y por haber imaginable.

Y los domingos, rodeada de toda la familia, no se perdía jamás la misa de 12 y luego, ¡ale!, a tomar el aperitivo.

Esa salida dominguera era algo sorprendente y no se podía por menos de notar el grupo familiar.

Primero por el espacio que ocupaban, dado que, aparte del padre y la madre, estaba compuesto por seis chavales y una chavala.

Segundo porque todos iban vestidos iguales.

Los niños estaban peinados con raya al lado y el pelo bien aplastado mediante kilos de fijador.

La niña lucía unos tirabuzones igualitos igualitos a los de la peluca de Santa Catalina, cuando la sacaban a paseo durante la procesión de Corpus Christi.

Recuerdo que, con el ímpetu que manifestaban los que llevaban las andas, dichos tirabuzones artificiales bailoteaban de lo lindo.

Nunca me fijé si lo mismo pasaba con los naturales de la nena.

Ella y sus hermanos, sentados muy tiesecitos, (pero, eso sí, balanceando las piernas, tanto para hacer algo) comían educadamente patatas fritas y aceitunas en perfectísimo silencio.

Incluso constaté que conseguían escupir los huesitos de las susodichas con gran compostura.

Quando su marido enfermó solía invitar a sus amigas a que le hicieran compañía.

Y las sentaba en la habitación del pobre hombre.

Imagino que el encamado ni podía permitirse el lujo de hacer pis rodeado de tanta cotorra.

Me contó mi madre que una de esas tardes, cuando la doncella le abrió la puerta, oyó que esta santa mujer le estaba diciendo a su enfermísimo marido: “Manueliño, por favor, no arrugues las sábanas, que ahora van a venir mis amigas”.

Me dijo que se quedó tan pegada que estuvo a punto de largarse con viento fresco.

Un día encontré a su hija en la farmacia y nos fuimos a tomar un vinillo al Carabela.

Como me pareció que estaba un poco tensa me atreví a preguntarle qué le pasaba y cómo iban las cosas, aunque sabía que el momento era bastante difícil.

Su respuesta me dejó boquiabierta: *“Mi madre le dice a todo el mundo que mi padre está bien, que va tirando. Pero ayer abrí un cajón para buscar papel y me encontré con un montón de borradores para la esquila mortuoria de mi padre. Y esta noche cuando fui al cuarto de baño vi que estaba en el comedor escribiendo otras”.*

Tiempo después me comentó que, cuando su padre murió, a los cinco minutos cogía el teléfono presentándose como “la viuda de...”

... Y ya tenía en casa el papel ribeteado de negro con tal membrete...

¡¡Vivir para oír!!

El tocado se lo hice cuando asistió a la boda de una sobrina.



Las de mi quinta

Con mi gran sorpresa, me llamó para invitarme a cenar en su casa.

El motivo es que su hermana y ella querían que les comentara en qué consistía eso de pasar un verano como “*au pair*” en Francia. Mi experiencia databa de muchíiiiisimos años atrás y me dejó apampanada el que todavía alguien recordara algo que el sujeto protagonista, o sea menda, había dejado encerrado en el arcón de la memoria más de un cuarto de siglo atrás.

Una de sus sobrinas quería lanzarse a esa aventura pero los padres preferían saber de primera mano de qué iba el asunto.

O sea que me tocaba contar mi remota experiencia a los papis de la criatura y a los demás invitados.

Así que me preparé debidamente, dándole pellizcos a la memoria, para poder narrar algo coherente al auditorio – aunque abundantemente retroactivo.

Pero no estaba preparada para la sorpresa que me aguardaba: el *pater familiae* comía solo solito en el comedor, con los ojos clavados en la tele ...

...Y a los demás nos tocó amontonarnos en la cocina...

Se ve que, para todos los presentes, esto era algo sumamente normal, porque a nadie se le ocurrió hacer ni el más mínimo comentario.

Pero a mí, lo que me dejó atónita (por dentro y en secreto, esperando que no se notara) era el estar al corriente de que dicho señor padre era un verdadero fenómeno de todo respeto:

- A nivel profesional podía ser considerado un jabato: era co- propietario de una gran empresa que vendía en todo el mundo materiales para la construcción con tremendo éxito. Ganaba todas las licitaciones de trabajos públicos incluso en lugares remotos. (*Su nombre me sonaba por haber trabajado como traductora para uno de sus competidores. Indudablemente eso de que el mundo es un pañuelo resulta una expresión poco adecuada por ser medida demasiado abundante; habrá que transformar el dicho en “el mundo es un lunarcito”*).

- A nivel personal, aparte de que no compartiera la mesa con familia y amigos, lo que me dejó estupefacta de verdad fue que, cuando sus

hijas le enseñaron mi blog con los reportajes de las prendas hechas por mí, y publicadas en las revistas italianas, lo primero que se le ocurrió fue preguntarme: “¿Usted piensa en Dios cuándo las hace?”.

Si en ese momento me clavan un tenedor en la pantorrilla es que ni pio.

No recuerdo mínimamente cuál fue mi respuesta. Pero estoy segura de que ni me puse horterera ni nada.

,

Claro que, a lo mejor, de la gran cantidad de prendas hechas por mis hacendosas manitas de hada, lo único que había notado el comensal solitario eran los bikinis indecentes que me inventé en Inglaterra en una remotísima Navidad (hace casi medio siglo, de querer ser escrupulosa).

Tuvieron un éxito loco, pero eran realmente guarros.

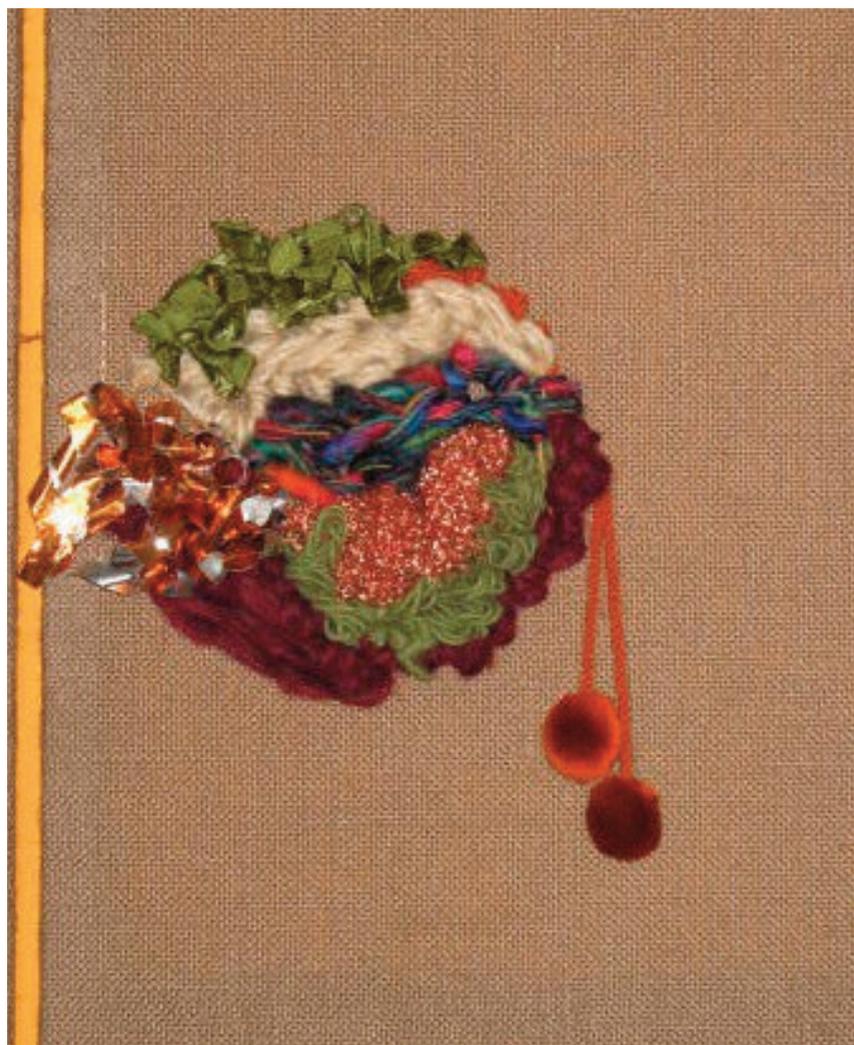
Después se me olvidó preguntar si al final la chavala fichó como au pair o no.

Pero claro que es normal que alguien te contacte haciéndote la rosca cuando necesita algo y luego “se despista” y no vuelve a comentarte nada.

Esto es lo que lució la esposa del troglodita cuando se casó una de sus sobrinas.

Nunca supe el comentario del interfecto.

Eso sí, cuando la interesada vino a recoger la chuminada, le comenté, así como de paso, que la hice estando concentrada en los materiales que utilizaba y que ni se me había pasado por la anti cámara del cerebro perderme en consideraciones propias de los ejercicios espirituales que me chupé en su día con los jesuitas.



- B 2 -

De chavala pertenecía al grupo de esas consideradas “que prometen” y –comentario muy parcial el mío- me caía super bien porque me reía las gracias, o sea las majaretadas que servidora solía soltar.

Y la profecía de eso del “prometer” se hizo realidad. No es que fuera un patito de esos feos, pero a los 18 años resultaba un perfecto cisne.

A decir verdad, yo no la entendía mucho.

Ya de mocita (como se decía entonces) para mí fue siempre una incógnita con collares. Debía tener una colección bestial, porque se colgaba del cuello cada día cosas muy novedosas.

Luego supe que solía hacérselos ella, desmontando las chirimbo-ladas que le regalaban y utilizando los cachos para hacer cosas nuevas.

Siempre me dio la idea de ser una reservona. Pero eso antes de saber que, como contraste, su familia era de armas tomar, en lo tocante a ponerse chulos por cualquier nadería.

Sospecho que las rarezas de sus allegados –algunas realmente espectaculares- derivaban de la rama materna.

En no sé qué momento conocí a una prima de su madre, a la cual, ¡lo que son las cosas!, pillé en fase charlatana.

Se ve que estaba super encantada de encontrar a alguien que conocía a la familia, y que la miraba con ojos como tapas de los cubos de basura de antes, rebosantes de curiosidad.

Así que no perdió esta ocasión extra única para despacharse a su gusto con una persona que sabía de qué iba.

Al parecer la abuela materna del “cisne” era de cuidado. Se casó con uno del pueblo que estudió medicina y por eso, dejó de ser una aldeana cualquiera para convertirse en “mujer de médico”.

Tenía una porrada de hermanos, creo que en total eran 13. Pero su nuevo status se le subió a la cabeza.

Esto se plasmaba en el hecho concreto de que, si su familia cercana no la llamaba “doña”, tratándola de usted, ella no abría la puerta de casa ni en broma.

Que fuera hermano, hermana o etc. le daba igual. No abría y ya está.

Su hija, la madre de mi amiga, siguió fielmente la tradición materna, y nunca reconoció como tales a sus primas.

Eso sí, no se cortaba a la hora de pedirles favores de todo tipo, pero tratándolas con ese aire de castellana que se muestra condescendiente con las súbditas,

Más aún, jamás permitió que mi amiga jugara con las otras niñas, las cuales, a fin de cuentas, eran parientes suyas.

Acabo de recordar, aunque no tenga nada que ver, que coincidimos en uno de esos Ejercicios Espirituales en los que nos llevaban a un sitio remoto cuatro días.

Los dormitorios eran colectivos, con las camas separadas por cortinitas. Y los cuartos de baño una habitación grande donde había lavabos, duchas y wc.

Su paso por este lugar se notaba muuuucho, porque antes de usar el lavabo rociaba todo con alcohol. Y lo mismo digo del wc.

Lo que más me sorprendía era que, para apoyar el neceser en la repisa, antes ponía debajo un buen montón de papel higiénico, para aislarlo. (¿De qué?)

Con mi gran sorpresa apareció por mi puerta un día otoñal, preguntándome si se me ocurría alguna chuminada que pudiera ponerse en la boda de una sobrina.

Huelga decir que nos pusimos a hablar como loros (*no sé de donde viene tal expresión, porque los loros que conocí decían una palabra y basta; o hacían ruiditos incomprensible tipo grhhjioqwq*). Significa que nos quitábamos la palabra mutuamente o hablábamos al mismo tiempo, que hubo de todo.

Pero es que había mucho que recuperar y eso de ser reservona ya no se estilaba.

Me contó que vivía en la ciudad de provincia de que era oriundo su padre.

Esto se debía que durante su período universitario, la habían cateado cuando estaba en cuarto de carrera y por eso le quedó una asignatura para septiembre.

Dado que consideraba el pueblo de su progenitor un sitio mortalmente aburrido, decidió que era el lugar ideal para pasar las vacaciones con los parientes mientras preparaba el examen.

Y, para tener un objetivo en medio de una especie de la nada absoluta, consideró ese período como el momento ideal para conocer a todo el gremio paternal, quedar como una buena hija, estudiar a falta de otra cosa, etc. etc. etc.

Pero algo no lo había programado.

Había mucha familia por aquí y por allí...

... .. pero cuando le tiró los tejos un farmacéutico alto, esbelto, con una melnaza negra y rizada de esas de aquellos tiempos y que además adornaba su estupenda cara con gafitas de intelectual, na, que perdió la chaveta y se derritió como un polo de menta en agosto.

(Es que era agosto, o sea que mi frasecita no es ocurrente)

Y de repente todos sus proyectos para el futuro se convirtieron en papel empapado, hecho una sopa.

Este relato sentimental me encantó.

Pero lo que me dejó sin palabra, sin verbos, sin comas y sin puntos exclamativos...

... y que si me pellizcan no me lo creo... ..

...es que la prometedora licenciada -versión cisne- se convirtió en una ama de casa de esas clásicas, clásicas, la protagonista ideal de uno de esos libros del siglo pasado titulados “La reinita del hogar”, “La esposa perfecta”, “Como hacer feliz a tu marido”...

O sea clavadita a su madre.

¡Qué menuda era la tía! *(madre en este caso)*

Yo hice lo que estaba en mi mano para que quedara fetén en el bo-dorrio, y pudiera darse aires cotilleando sobre su autora, es decir ser-vidora.

Porque le conté tantas y tantas cosas, que ya tiene asegurada la atención de las asistentes a los tés-meriendas-etc. invernales.

Le encantó mi chuminada.

¡¡Menos mal, porque le pedí un pastón!!



En mis tiempos en el pueblo la reputaban una super listilla.

También creo recordar que era la única – o de las pocas- que, en cuanto llegaba el verano y las vacaciones de rigor, se largaba al extranjero a aprender idiomas haciendo además algún trabajillo que otro para mantenerse.

Por dentro la envidia me comía las tripas.

Mi padre jamás me permitió hacer nada así. Más aún, se ponía hecho una fiera cuando yo hablaba de lo que me apetecía hacer.

Mi sueño era ir como “au pair” a Francia, o sea a vivir con una familia para practicar el mísero francés aprendido en el Colegio.

Pero eso nos estuvo vedado, a mí y a las demás, durante un largo período.

Claro que, como quien la sigue la consigue, también yo pude largarme un verano a practicar el franchute.

Ella no perdía jamás el tiempo: codos en la mesa y venga de chapar los verbos irregulares.

Terminó su carrera brillantemente un junio cualquiera, y en octubre decidió ponerse el mundo por montera y largarse con armas y bagajes a la capital, dispuesta a salir airosa a toda costa.

Dicho y hecho.

Como las ideas no le faltaban, lo primero que hizo al llegar fue poner un anuncio en el periódico más importante, ofreciendo sus servicios.

Su capacidad estaba respaldada por numerosos papelotes cuajaditos de sellos, firmas y los habituales etcéteras de rigor.

Al día siguiente empezaron a llegarle ofertas.

El segundo día lo pasó haciendo entrevistas.

Al tercer día empezó a trabajar en la empresa donde todavía sigue.

Quando le comenté que me parecía un rollo eso de estar siempre en el mismo sitio su respuesta fue: *“¡Qué val Estas empresas cambian de manos constantemente.*

Y, como es de cajón, el último que llega quiere meter sus santas manitas en todo y enmendar la plana a lo que sea.

Como yo me encargo de la reglamentación interna, soy la reinita de la situación.

Lo que hoy es azul el recién llegado lo quiere verde... hasta que llega el próximo y lo quiere de nuevo azul con un toque de verde.

Yo me lo paso pipa, y no me aburro ni pizca”.

En el primer momento, como entre sus diplomas estaban los que la capacitaban para enseñar francés e inglés –algo raro en aquel entonces- también le pidieron que organizara cursos para el personal dos veces por semana.

Lo que no estaba previsto eran ciertas situaciones:

- El género femenino que vivía cerca de su casa, en algunas ocasiones le pidió que hiciera el “*baby-sitting*” al churumbel de turno.

Y en un par de casos el motivo era que querían irse de juerga con el noviete del momento, aprovechando la ausencia del marido oficial;

- El género masculino babeaba un poquito. Ella aprovechó tal circunstancia para aceptar invitaciones siempre que la llevaran

- a restaurantes exóticos, aunque fueran pobretes, de los que empezaban a aparecer;

- a sitios prohibidos para una chavala sola, como los bares “de alterne”, de los cuales hablaban algunas novelas.

- a espectáculos modernos de esos que se hacían en lugares que ni siquiera Dios-sabía-donde-caían y que, tras los aplausos o los silbidos y, una vez apagadas las luces, ¿cómo se volvía a casa, si no había un coche al disposición?

Como nunca perdió su perfecto aire de mosquita muerta, nada libidinoso, nadie se permitió nunca hacerle una propuesta deshonesta.

A lo mejor se limitaban a pensar que estaba un poco guillada.

Cuando nos encontramos de nuevo supe que se había arrejado con un apuesto inglés conocido por motivos de trabajo.

A ella eso de matrimoniarse no le iba y a él le daba igual.

Durante algún tiempo estuvieron baiolones aquí-alli-allá, etc. Hasta que uno de los clientes de su empresa, cuando supo que su co-

razoncito estaba allende el Canal de la Mancha, le ofreció de inmediato al objeto de sus desvelos un puesto que a él le iba muuchísimo...
¡Cómo hecho a medida!

Un verano que yo estaba visitando amigos en Inglaterra me quedé unos días en la casa familiar de su compa.

Ella aprovechó para organizar una cenota en la terraza, dado que yo ofrecía menú italiano (o lo que sea, inventado).

Lo más gracioso es que, para ir a comprar las cosas, tuvimos que atravesar un cementerio de esos preciosos, llenos de hierbas y piedras mohosas, como se ven en las pelis inglesas.

Yo estaba tan contenta leyendo las lápidas (algunas recomendadas de principios de 1.800)) que me tuvo que llevar arrastrar, porque el helado del postre y las frutillas frescas habría que tirarlas a la basura si seguía allí en plan lectora asidua.

Volví dos veces más a esa casa. Y sigo guardando tiernamente la copia de llaves que me dio y que usé cuando ella estaba ausente,

Cuando la vi una Semana Santa me comentó que en mayo le tocaba ir a una boda de cierto copete y que la ponía frenética eso de pensar en lo que se plantaba en la cabeza, para quedar bien.

El vestido no era problema, porque en la boutique a la que iba podía encontrar algo adecuado, porque las propietarias eran muy creativas.

Y si no tenían nada en ese momento, le agenciaban lo que fuera.

Yo pensé que si ella estaba contenta, tampoco me tocaba a mí eso de ponerse en plan chinche.

Total, que le hice este tocadito alegrote.



Como hicieron algunas de mi generación, al terminar los estudios se marchó a la capital y estuvo trabajando en un centro de renombre durante cierto tiempo.

Organizó su vida de un modo fenomenal, que comprendía dedicar los fines de semana a ver todo lo que podía a diestro y siniestro.

Y además programaba sus vacaciones teniendo muy en cuenta las ventajas que ofrecían las tarifas de avión económicas de aquel entonces.

La más en boga tenía un nombre raro, “apex”. Se podía ir a cualquier sitio, pero la duración máxima para el viaje de regreso era 30 días.

La única pega era que, una vez comprado el billete, no había posibilidad de cambiar nada.

Pero hete aquí que un buen día le ofrecieron un cargo relevante en una estructura pública en la común ciudad natal.

Y, como desgraciadamente hicimos algunas, picó como una trucha tonta de criadero y volvió al redil.

Al parecer siempre tuvo el pavor de que le tocara hacerlo con las orejas gachas, pero se daba el caso de que esta oportunidad era justamente lo contrario.

Claro que, por eso de que nadie es profeta en su terruño, mucho me temo que su regreso se vio tapizado por una secuencia muuuuuuy larga de momentos negro-sepia.

Porque las lenguotas viperinas se desataron contra ella, y como suelen hacer las alegres comadres de cualquier pueblo, no había nada concreto en sus comentarios.

Es decir nada que supusiera maledicencia, calumnia, ni siquiera mentira podrida. Se limitaban a empezar cualquier cotilleo con eso tan socorrido de “*me parece*”, “*creo que oí*”, “*me dijeron*”... etc.

Estoy segura de que la “culpa” de mi paisana estribaba en ser de buen parecer, amable, siempre dicharachera y otras hierbas.

Para colmo, aunque a mi sus prendas de vestir me parecían estupidas y super originales, no había duda de que no pasaban inobservadas... en sentido negativísimo.

Las habituales normalitas-sositas, también eso lo consideraban un “pecado”.

Y lo peor de todo, para más inri, es que también era competente en su trabajo... cuando le dejaban hacerlo sin ponerle excesivas trabas.

¡Ah! Pero lo imperdonable al enésimo nivel es que vivía por su cuenta.

Nada de volver a casa de sus padres, a ocupar la camita de su niñez como era habitual en mocitas de las llamadas “casaderas” (lenguaje poético para definir a solteronas de solemnidad).

¡Qué va!

Se alquiló un pisazo que contaba incluso con tres cuartos de baño, y lo fue amueblando a su modo, sin prisas pero, dado su carácter, sin pausas de ningún tipo.

Al final era una mezcla de cosas italianas, mueblitos viejotes recogidos por aquí y por allá y adminículos novedosos.

Las alfombras, los cuadros, los tapices y los objetos decorativos procedían de sus correrías.

Algunos eran sorprendentes.

Me hizo gracia fue ver que en la cocina campeaba un gigantesco recipiente de barro formado por un plato con un borde de barro y una tapa en forma de cono con un orificio en la punta que lo hacía parecer a una chimenea. Supe que era un tajín marroquí, que había transportado en brazos y que desde entonces usaba cotidianamente para guisar lo que fuera.

Era de las pocas que aplaudían abiertamente mi regreso. Nos convertimos en una especie de almitas gemelas: rarita ella, super rara yo, lo dicho, casi mellizas.

Le encantó el primer tocado que le hice.



Me siento un gusano peludo por comentarlo, pero la verdad es que era un fenómeno.

Cuando se ennovió con uno del sur, al cabo de dos meses hablaba con el acento del pretendiente, comiéndose las sílabas al final de la palabra y todo.

Y ni se daba ni cuenta, la pobre.

Pero nada hacía presagiar las cosas delirantes que acabó haciendo, totalmente convencida de que eran el non-plus-ultra.

La primera de todas se refiere al pisazo que se montó, en un edificio de una urbanización que arrasó medio bosque.

Naturalmente decidió que tenía que llamar a un arquitecto para que le hiciera un GRAN proyecto.

Cuando me invitó a ir a su casa espero haberme portado como una señora. Por dentro me sentía como uno de esos personajes de los diseños animados que muestran su estupefacción con la mandíbula que se les desploma hasta el suelo y los ojos que casi se salen de la viñeta enganchados en un muelle.

El tal salón “firmado” consistía en un cuadrado, una especie de recinto con 3 escalones. Lo primero que se me ocurrió es que parecía un ring de boxeo.

Además, eso de sentarse cómodo era hiperbólico. Yo llevaba pantalones y zapatos de tapa baja pero o me sentaba en la última grada y apoyaba los talones en la primera (con lo cual parecía un “fiambre”, vulgo cadáver) o me tocaba estar despatarrada, sin saber dónde colocar las rodillas.

¿Qué hacen las que llevan falda corta y el moderno calzado con plataforma y taconazo?

Y éste es un “pequeño” detalle meramente arquitectónico.

Lo que sigue me lo contó ella, totalmente convencida, o sea que no se trata de un cotilleo insano por parte de servidora.

Tuvo una niña solamente.

Al quedarse embarazada se compró todo tipo de manual referente al cometido que le esperaba, porque su naturaleza apuntaba automáticamente a la perfección, fuera como fuera.

Ignoro por qué sistema de lectura optó pero, dado que había hecho una carrera universitaria, di por sentado que no podía haberse equivocado demasiado ni en la lectura ni en la interpretación.

Craso error:

- Siguió dándole la teta a la niña hasta los 5 años;
- La niña durmió en su cama, hasta que era bastante mayorcita, para evitar que se traumatizara con eso de la separación;
- Le enseñaba las fotos de la placenta a todo quisque que se le ponía a tiro, antes de las del bautizo y las de la primera comunión, etc.);
- Para no disturbar a la retoña, pasó años jugando al chichón con su marido y sus amigos, en perfectísimo silencio.

(De ser ahora cada uno tendría su ordenata, o sea que un *juego de sociedad* pasaría a ser un *juego de soledad*)

Nunca supe cual era la opinión del marido.



¡Tendrían que haberla galardonado con el Nobel de la beata moji-gatería!

¡O de super páfila, no consigo decidirme!

- Le gustaba ir cada día a la primera misa (espero que no fuera antes de las 8);
- Nunca renunció a ponerse el velo negro con blondas para ir a la susodicha misa y a comulgar;
- Siempre estuvo en contra de cualquier tipo de libertad licenciosa que en su lenguaje podía equivaler a hacer manitas, darse un besito (incluso no de tornillo y sin lengua), llevar esas faldas cortas que incitan a los hombres al pecado, lucir escotes que dejan al aire el surco de las tetas...

Como no iba a la playa se perdió la aparición del tanga, para no hablar del largo período de la caída del sostén, cuando todas poníamos la mercancía al viento en plena tranquilidad.

- Sus colores preferidos eran el azul de la Virgen y el verde de los cactus que cuidaba amorosamente

Recuerdo que una vez, cuando ambas teníamos 15 años, me confesó en gran secreto que durante el período de Cuaresma ¡se ponía un cilicio!

Este prologuito para decir que, cuando le tocó ir a la boda de una sobrina, y dado que servidora estaba de moda, me encargó un tocado.

Se quedó encantada con la idea de ponerse esta chuminada con sus colores favoritos ...

... ..sin caer en la cuenta de que en la oreja ...

¡¡estaba luciendo hojitas de marihuana!!



Era la primogénita de una familia muy numerosa.

En aquel entonces no eran un caso raro, porque incluso las reducciones especiales del Estado para colegios, viajes, etc., empezaban a partir del octavo hijo.

Pero si se compara con las de ahora, que con un heredero basta y sobra...

... con las mamitas soltando hondos suspiros porque están siempre herniadas...

Sus padres fueron unos admirables programadores, porque trajeron al mundo los nenes de modo ordenado: niño-niña-niño-niña-niño-niña.

Fui compañera de colegio de la mayor, pero coincidí con la segunda en las clases de piano y en el coro. Tenía un vozarrón impresionante, que le envidiaba con todo mi corazón, hígado y pulmón.

Pero eran algo raritos.

Supe que dos de los chicos en cierto momento cambiaron los apellidos, utilizando los que les gustaban de los abuelos, tanto paternos como maternos.

Ignoro si era algo legal o sólo por narices.

Otro tuvo ese ramalazo de quien no está seguro de si es nene o nena.

Como además, por motivos de trabajo, los tres fueron destinados no-sé-adónde, ignoro qué pasó con tales apellidos y con la identidad sexual de marras.

La pequerrecha, cuando entró en la edad del pavo, conseguía dejarme turulata.

Era muy bajita, muy guapita y muy coqueta.

Siguiendo al pie de la letra la moda de entonces, adoraba lucir unos cardados de pelo tan superlativos, que a veces daba la impresión de que la altura del moñete estilo Claudia Cardinale era la misma que la de sus piernas.

Y no exagero ni pizca.

En parte me siento culpable, porque la autora de tales promontorios era servidora.

La mayor no se movió nunca de su ciudad, salvo el período universitario. Siguió los pasos de su padre, heredó su clínica, se casó con el noviete de la Universidad, etc. etc.

Sospecho que ni puso el piecicito fuera de la región natal, porque ya desde pequeña le traía sin cuidado todo lo que no enmarcara su horizonte personal.

Incluso cuando reanudamos nuestra amistad (por llamarla de algún modo), no es que tuviera nada digno de mención que comunicar.

A mí me tocaba el rol de charlar y contar cosas, esperando que se contagiara un poco y me imitara.

Pero no había manera.

A veces, si la encontraba por la calle, se cruzaba conmigo a toda velocidad, soltando un “adiós, adiós” de esos con la mandíbula contraída y sonriendo con los dientes apretados.

A lo mejor temía que me pusiera en plan reminiscente y le recordara aquellos veranos cuando ella, de modo puntual e inevitable, se enamoraba “perdidamente” (*como decían las novelitas rosas a la Corin Tellido*), de alguien del centro del país que hacía la milicia universitaria por nuestros lares.

De todos los altibajos del caso me ponía al corriente en aquella época, con profusión de detalles.

Es que eso de escuchar era lo mío, al parecer.

La verdad es que los tales “milicianos” eran cosa rica y apetecible. Estaban en el cuarto/quinto año de la carrera, lo que – de ser ingenieros o arquitectos –, implicaba perspectivas de casorio dos años más tarde.

¡Perspectiva muy golosona!

Cuando necesitó un tocado, se limitó a venir a casa y llevarse el primero que atrajo su atención.

¡Menos mal que se combinaba bien con su traje de chaqueta granate!



Sus papis se habían casado ya un poco talluditos.

Ambos pertenecían a familias de abolengo. Y, como se decía entonces, vieron premiado su afecto con cuatro descendientes, tres nenas y, por último, el ansiado nene.

Coincidí con ellas en las residencias universitarias, en diversas fases. Y, alternativamente, hice buenas migas con una después de otra.

Reconozco que no tenían pérdida en cuanto a extravagancia.

En casa eran unas santitas, eso sí, para no dar fastidio a los progenitores.

Pero hay que decir que el carácter de su madre era de pura castañuela. Lo exteriorizaba con dificultad dado que vivía en un mausoleo rodeada de cuñadas y cuñados bastante añosos.

Además toda esa parentela pertenecía al gremio de los santurrones.

Mucho me temo que fueran adictos a eso de la virginidad.

Y no lo digo por decir, dado que uno era obispo y el otro vivió toda la vida con sus dos hermanas, solteras de pro.

Se da el caso de que una de tales hermanas, pintora super cotizada, pintó única y exclusivamente santos y santas hasta su último suspiro, ya centenaria.

No me parece que fuera el ambiente más adecuado para que pudiera expresarse el carácter cascabelero de su madre, como dije antes.

Pero los miembros de la prole femenina afrontaron todo cual versión moderna del Guerrero del Antifaz por triplicado (*no tiene nadita que ver con el contexto, pero si no digo una chorrada tan mayúscula me entra el hipo*).

Cuando apareció la minifalda y, además, ya tenían edad para maquillarse, antes de salir iban a saludar a los papis, con las caritas lavadas y vestidas con trapos viejotes... que cambiaban al llegar al portal por todo lo más novedoso.

Porque lucían siempre lo ultimísimo.

(Recuerdo que un día oí que su padre le decía a una de ellas: “hijita, qué mal vestida vas, siempre llevas puesto lo mismo; tienes que a comprarte algo moderno”).

Lo gracioso es que ella iba siempre a la última, y compraba sus conjuntos en las boutiques más in).

La del medio era una romántica impenitente. Pasó diez años suspirando por el médico que cuidaba a su padre, e incluso tuvo un pseudo-idilio con él, que duró poquísimo, porque el objeto de su romantiquería ya tenía eso llamado “novia formal”.

Pero lo que me hizo más gracia fue que, tras nueve meses en Francia, haciendo un curso post-universitario, regresó aquejada de una dolencia afrancesada, que se plasmaba en melena cortada en línea recta a la altura de las orejas, (el flequillo lo llevó siempre)... y, lo más sorprendente, una boina torcida con ese aire frivólón que se veía en las pelis francesas que trataban de la post-guerra.

¡¡Para mí increíble!!

Pues lo más raro tenía que venir todavía.

Cuando nos re-encontramos, aunque siempre fue bastante remolona cuando se trataba de hablar, al parecer decidió que era mejor que me pusiera ella misma al tanto de ciertas cosas.

No me esperaba el contenido de sus confidencias y me pilló completamente desprevenida.

Es como un novelón.

Un buen día regresó al pueblo el médico que había tratado a su padre y había sido objeto de sus amores juveniles.

Casado y con dos hijos.

Ella ídem.

Resultado: pasión feroz que se renueva, ambos plantan las respectivas familias y se van a vivir juntos *(en el chalet que ella construye con sus dineretes porque él no tiene un duro. Para mí esta es la parte más chocante de la declaración)*

Pasa algún tiempo y viene a verme porque tiene que ir a una boda y necesita algo para la cabeza.

Se da el caso de que yo también voy a asistir, así que charlamos ampliamente comunicándonos cosas sobre nuestro respectivo grado de parentesco con los novios.

Todo bien, todo normal, aparentemente.

Llega el día en que le toca venir a retirar su tocado.

No aparece

Al día siguiente, a la hora de comer la llamo para recordarle que su encargo está listo y que ayer la estuve esperando-.

Se deshace en excusas y me asegura que pasará a última hora de la tarde. Y es realmente muy tarde cuando aparece... con la cara totalmente desencajada.

Se ve que está a punto de explotar, y por eso decide ponerme al corriente de su ausencia el día anterior.

El objeto de sus desvelos dos días atrás le había comunicado que estaba enfermo (cosa que ella ignoraba) y que sus colegas médicos no estaban muy optimistas sobre cómo iba a ir todo.

El tal objeto de sus desvelos, con dicho motivo, había decidido marcharse a vivir nuevamente con su mujer y sus hijos **porque así en el futuro podrían cobrar su seguro y su esposa la pensión de viudedad.**

Declaración inapelable.

No es de extrañar que se olvidara de venir a recoger la chuminada ante ambas noticias: enfermedad y huída.

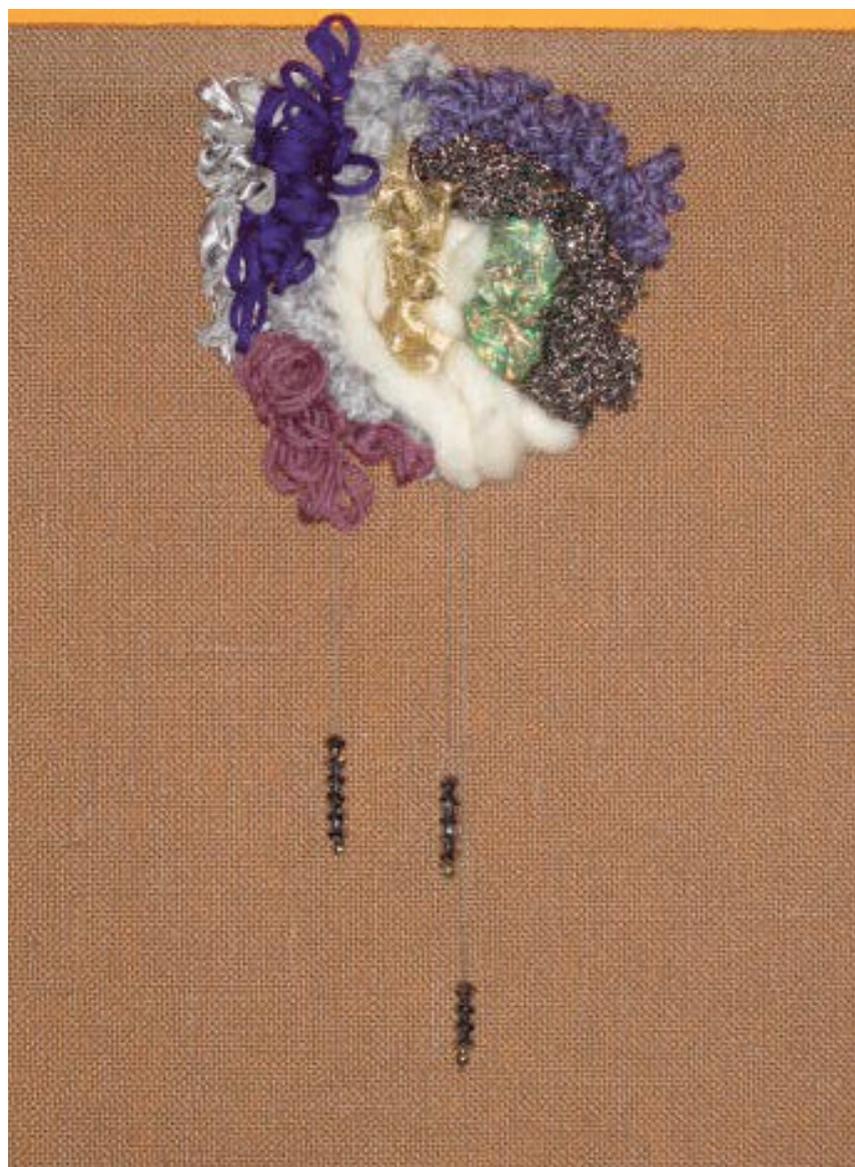
Total, se quedó a cenar, porque estaba hecha purita fosfatina, como es de suponer.

En mi opinión, creo que lo que predominaba en su estado de ánimo era la estupefacción, porque no tenía idea de nada: ni de que no estuviera bien ni de que hubiera estado maquinando el volver a su primer hogar (con la pobre cornuda que aceptaba dicho retorno festivamente, claro).

¡Lo que son las cosas!

El "fuguillas" sigue vivito y coleando. Un poco paliducho por estar siempre en casa sin hacer nada, eso sí.

¡No hay trazas de que su señora se convierta en su viuda a corto plazo!



Era pura natilla, de tan dulcita.

Para mí la única pega era el desenfrenado sueño que tenía desde pequeña de ser rubita.

Pero se contentaba pidiéndole a los Reyes Mayos muñecas que pertenecían a dicha categoría a las cuales peinaba y repeinaba hasta que las dejaba calvas.

Nació morena “doc”: pelazo negro tieso y grueso (*en cierta ocasión se lo cortaron muy cortito, y parecía como si la pobre llevara un cacho moqueta encima del cráneo*) acompañado de cejas compactas, piel tirando a oscurita e incluso una sombra de bigote en el período de la pubertad.

Afortunadamente, en ese momento ya había aparecido en el mercado la cera depilatoria, o sea que tal problema se subsanó de raíz y con celeridad.

Tanto para dar una idea: la primera vez que vi un retrato de Frida Kaló me acordé de ella de inmediato. Sólo que la de mi quinta tenía una carita más dulce y bonita

De pequeña solía ver la serie de Pippi Calzaslargas, el exitazo de entonces.

Un día quiso ponerse ella también esa especie de coletas y la pobre daba miedo, porque parecía que, encima de ambas orejas, le salían del cráneo sendos troncos de árbol, con las raíces en la punta y todo.

Cuando se hizo “una pollita”, expresión que solían utilizar las mamás, era muy resultona, pero no se daba cuenta.

Un día no pudo resistir la tentación: se inundó la cabellera con litros de agua oxigenada y apareció luciendo algo que se parecía a una peluca hecha con maíces sequitos.

Como es imaginable, el contraste con las tupidas cejas azabache dejaba sin aliento,

Ignoro cuáles fueron las primeras reacciones, porque no estaba presente.

Pero confieso que daba grima verla.

La volví a ver cuando ya estaba casada y tenía incluso un retoño (“retoña”, para ser exactos).

La madre naturaleza le había hecho un favor monumental. Quiero decir que le empezaron a salir canas muy pronto, y así pudo hacer realidad su sueño: cambiar el color de su pelo de modo permanente.

Pero con mi gran sorpresa, no eligió el rubio que le encantaba en su infancia.

¡Qué va!

Lucía una cabellera pelirroja y rizada, igual que la de algunas actrices de cine de entonces, como Maureen O’Hara.

En un tête à tête me contó que su pasión por usar los “líquidos” seguía siéndole fatal.

Un día decidió que el teclado del ordenata estaba un poco guarro. Ni corta ni perezosa, agarró de limpiacristales en plan de perfecta amita de casa, le dio una rociada concienzuda a dicho teclado...y se vio recompensada con un “chafff” brillante de la pantalla que, de este modo “sutil” le indicaba el “R.I.P.” de dicho aparato.

En otra ocasión, estando de pié al lado del ordenata, con la taza de café con leche en la mano, sonó el teléfono y, en vez de dejar la taza en algún lado, antes de inclinarse para coger el auricular, respondió a la llamada con la mano izquierda... mientras que la derecha dejaba caer su desayuno encima del sufrido PC. Esta vez no hubo “chafffff”, a lo mejor porque estaba apagado y frío. O sea que se limitó a secarlo primorosamente.

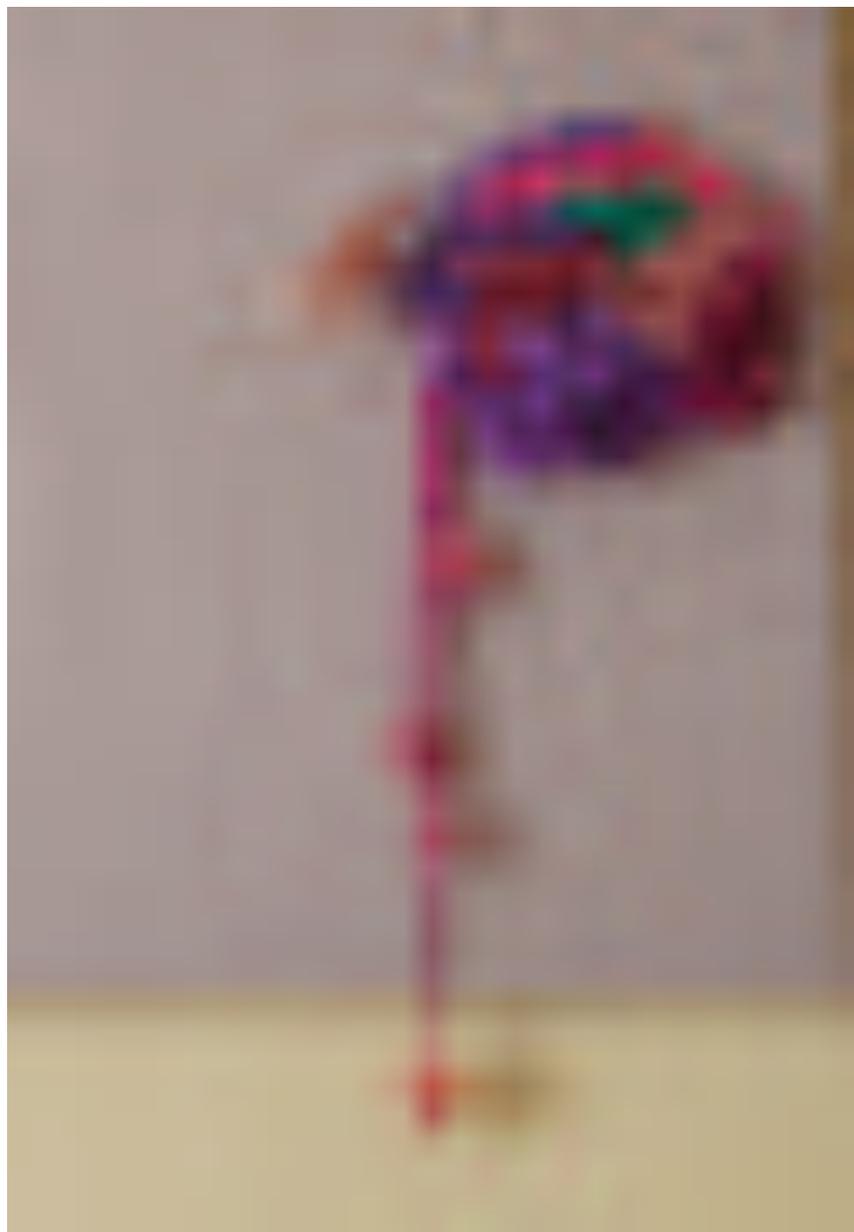
Pero tres semanas más tarde el pobre “bautizado” se negó a encenderse. Cuando lo llevó a un centro de reparaciones, le comunicaron que las “tripas” (o como se llame la parte interna del aparato) estaban completa e inexorablemente oxidadas.

¡Pero no compartió conmigo los obvios comentarios de su familia!

Sea como sea, este tocado le favorecía muuuuuucho.

Para realzar su cabellera rojiza, incluso me dio un ramalazo y le añadí unos ricitos cobre/plata que hice enroscando en un lápiz ese material que envuelve el cuello de algunas botellas.

Lo más chupi de todo es que ella es una abstemia total.



- B 10 -

En cuanto la vi de nuevo, después de medio kilo de años, lo primero que recordé es que, de pequeños, cuando estábamos en los columpios de Las Palmeras, y nos daban perritas para comprarnos aquellos caramelos duros que vendía un carrito, o bien chicle, ella y sus hermanos se los pasaban de boca a boca, después de darle algunas chupadas o algunos mordiscos, en el caso de los chicles.

A mí me parecía una guarrada superlativa.

Más tarde, fue de las primeras que se puso el bañador de gomitas con su faldita. A ella esta última se le quedaba enroscada perennemente en la cintura, o sea que no cumplía su función de defender el recato de quien la llevaba.

Por lo que me cotilleó alguna que otra alma cándida (*por no decir perversa, que sería más apropiado*), anduvo pelando la pava con algún ingeniero de la milicia universitaria en verano y con alumnos de la Escuela Naval en invierno, por eso de aprovechar el tiempo al máximo.

Al último de la serie del último grupo me tocó verlo algún sábado, leyendo la cartelera en la Iglesia de la Peregrina donde había la calificación “moral” de las pelis.

Estaba absolutamente prohibido llevar a una chica a una calificada “3” o, peor aún, “3R”.

Mi presencia allí era justo por la razón opuesta.

Como mis amigas jamás de los jamases irían a una considerada “gravemente peligrosa para la moral”, me iba a la primera sesión con mi hermano pequeño, que me seguía cual perrillo faldero.

A esa hora el cine estaba casi vacío y sería difícil que me “pescara” algún conocido que, voluntaria o involuntariamente, diera el chivatazo a mis padres.

Al final acabó casándose con un compañero de su hermano mayor, pero el tocado se lo hice muuuuuchos años más tarde.



Fue siempre muy sandunguera, y durante un período coincidimos en Madrid, donde ella vivía con sus hermanos en un piso que me parecía descomunal, en comparación con el agujerito diminuto que componía mi morada

Un día cualquiera nos encontramos en la cola del Cine Azul, mi preferido en absoluto, porque siempre tenía un programa de sesión doble virguera.

En esa ocasión me presentó a su futuro marido, médico, con el cual acabó emigrando a Canadá, dado que le habían ofrecido un puesto super.

Siendo ella una salerosa que le sacaba punta a todo, nunca entendí porque miraba con adoración a un rubito desangelado, paliducho, con ricitos pegados al cráneo, que lanzaba ojeadas a todos por encima de sus gafitas redondas de carey con aire de perdonavidas.

Pero es que, en ciertas cosas, iba de Julieta por la vida.

En una ocasión compartimos la habitación, no recuerdo por qué motivo. Y no hubo manera de pegar ojo, porque estaba de un romántico subido y pasó horas y horas contando con pelos y señales la inefable emoción que experimentó cuando él, en el cine, le cogió la mano por primera vez.

De la peli no recordaba nada.

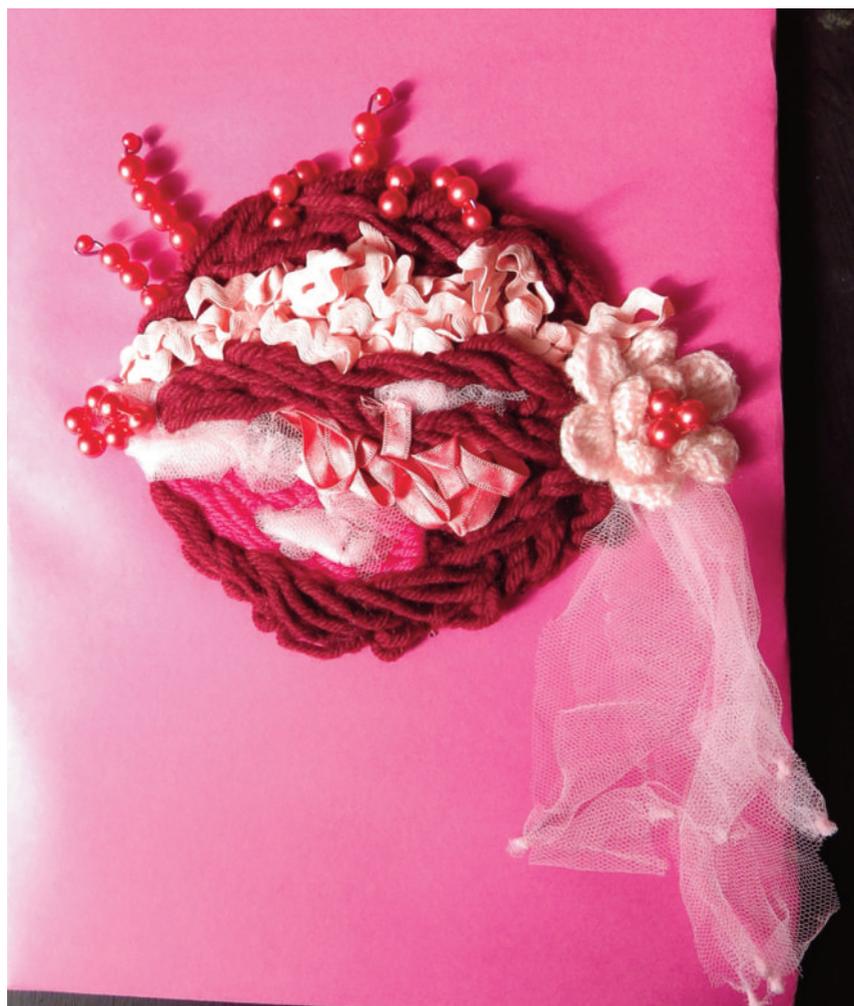
Me resultaba muy chistoso el que lo llamara usando el apellido y no su nombre, cosa que siguió haciendo hasta que –tras numerosos años de estancia en Canadá- se le abrieron los ojazos, se separó de él porque ya no le aguantaba más... y volvió a la ciudad natal.

La verdad es que nunca supe el nombre de pila de dicho ex, solamente recuerdo la abreviatura de su apellido.

El regresar como señora separada no la cortó ni un pelín.

En Canadá, dado que su marido estaba trabajando todo el día, había decidido aprovechar el tiempo, en vez de perderlo en memeces, como hacían las otras esposas del grupo.

Y se pudo montar un jugoso business por su cuenta, como dirían los modernos.



– B 12 –

Coincidimos en el cole. Y, además, admirábamos mutuamente nuestras respectivas cabelleras: yo su melenaza con ondas naturales y ella mi gordísima trenza, que me llegaba a la rabadilla y que, según comentaba, olía a jazmines.

(Yo ponía cara de Maria Goretti inocente, pero la sacrosanta verdad es que solía darle golpecitos con el tapón del perfume de mi madre.

También a mí me gustaba pasarme la trezota por debajo de la nariz.

¡Un gustirrinin...!).

La recuerdo como la reinita de la simpatía.

Y, como es natural, el personal masculino de la ciudad le corría detrás con la lenguota colgando –materialmente- durante el tradicional paseo de los domingos, después de misa, o por la tarde, antes de cenar.

Sonreía siempre de verdad, no sólo de dientes afuera.

Y no me cabe la menor duda de que la expresión “cintura de avispa” se acuñó pensando en alguien como ella.

A esto se suma el que era el período de faldas de vuelo y del “cancan”.

Para quien no se lo recuerde, era una enagua de volantes, que daba volumen a la falda, a la que incluso se añadían alambres para que estuviera bien tiesa.

Para entendernos, tipo lo que estaba debajo de los trajes de las numerosas actrices que interpretaron el papel de Scarlett O’Hara en “Lo que el viento se llevó” o de los que lució Claudia Cardinale en “El Gatopardo” de Visconti.

Confieso que en mi casa hay una de esas, tremenda, con metros y metros de tela e incluso alambres, para dar vuelo a mi traje de “presentación en sociedad” que ya de por sí era un homenaje a los trajes de baile de las princesitas en los cuentos de hadas.

Se daba el caso de que su madre era americana. Y en su país, al parecer, esa chorrada de la “presentación en sociedad” se hacía a los 15 años, y no a los 18.

Y además, la fiestaza se celebraba en la fecha del nacimiento de la criatura, o sea que no se esperaba a las vacaciones o cosas parecidas.

Digo esto porque, de no ser así, a lo mejor ni me habría enterado. Pero se comentaba en el Colegio, o sea que era algo previsto durante el año escolar,

Las monjitas estaban escandalizadas, claro.

Las demás chavalas, más pequeñas, la mirábamos como una heroína que hacía cosas “casi prohibidas”.

Cuando se empezó a correr la voz de dicho evento, fue la comidilla del pueblo. No sé por qué todos decidieron que podían dar su opinión.

Otro punto de “suspense” de enormes proporciones se centraba en si sería invitado o, en caso afirmativo, si asistiría a tal festejo un cierto señorito.

Se trataba del personaje más puntero del país, que estaba ese año en la Escuela Naval.

Por extraño que parezca, y pese a haber tenido siempre relación con asistentes a dicha fiesta, jamás se me ocurrió preguntar si el JC en cuestión había ido o no.

Se ve que mi capacidad de meter la nariz era muy escasita.

Pero mientras escribía esto, metí el dedo en google... y allí estaban las fotos de tal cumple, con ella apagando las velitas y el famoso JC detrás.

La verdad es que la vida no la premió, si tiene sentido decir una chorrada de este tipo.

Su vida sentimental fue un desastre tras otro.

Pero como era de esas que no se amilanaba, afrontó todo como una boxeadora de clase A.

Su existencia transcurrió sobre todo en el extranjero, adonde la llevó su desafortunada elección de consorte.

¡¡Muy desafortunada!!



- B 13 -

La recuerdo de toda la vida como lo que se suele denominar “un pedazo de pan”, pero con un carácter más bien cerradito.

Cuando iba de uniforme, o sea prácticamente siempre, durante años llevé dos coletas rematadas con unas lazadas impecables azul oscuro.

Incluso conseguía jugar a la pelota y canear sin que se le torcieran dichos lazos.

Más adelante se limitó a una trenza sola, y sin lazo

Por aquel entonces, en el cole había tres con la trenzota: una rubia, otra morena y otra castaña.

Nunca supe cuando se la cortaron...

... Ni si se la cortaron.

Años más tarde, ambas maduras, me puso al corriente de cosas de su infancia muuuy aclaratorias de su idiosincrasia.

Estas son algunos de las cosas que recuerdo y que me chocaron:

- Aparecía en el cole a las 7 de la mañana para asistir a la misa con las monjas.

(Me comentó que verlas ir en fila india para ir a comulgar con sus velos negros, las manos juntas y los pulgares cruzados le parecía un espectáculo imperdible);

- Se apuntaba siempre a llevar el estandarte cuando había las procesiones.

(Le parecía divertidísimo ver desde el centro a los habitantes que se agolpaban a ambos lados de las calles, los papás aupando a los chavalines y sentándolos en los hombros, para que no se perdieran un espectáculo eternamente repetido y que no tenía ni la menor chispa);

- Cuando no tocaba estandarte, seguía la procesión del santo del momento con la velita en la mano y cantando las canciones de siempre.

(Como solía hacer viento, mantener la velita encendida era toda una proeza.

Lo habitual era protegerlas con un cucurucho de papel, parecido a ciertas cosas plasticas que se ven en las pelis americanas, colocadas en el cuello de los perros con problemas);

Me contó que le encantaban las procesiones de Semana Santa, con los cofrades encapuchados que desfilaban sacudiendo cada uno un farol: arriba – **(pum)** abajo - arriba - **(pum)** abajo, todos a tiempo, como soldados galileos.

Y de vez en cuando se oía un raca-raca-raca-raca, que era la señal para hacer una parada.

Y lo mejor de todo era que tales procesiones iban precedidas de los Oficios de Semana Santa, por la tarde.

Según ella una pasada.

Duraban muchísimo...

...no se entendía nada de lo que sucedía...

... pero de vez en cuando desde el altar, alguien vestido con una bata negra abotonada con encima una camisa blanca de lino fruncida en el cuello y rematada con magníficas puntillas canturreaba: "*flectamus genua*" y...

...¡ale! todos caían de rodillas, mirando al suelo de modo obsesivo sin saber qué hacer, echando reojadas con discreción...

...hasta que la voz de un gemelito del anterior, y vestido tan estiloso como él, modulaba un entonado: "levate"...

...y todos se ponían de pie.

Así una y otra vez....

(Naturalmente, también yo había asistido a tales ceremonias, muchas, muchas veces, pero jamás las vi de tal modo).

Fue la única a la que hice un tocado "a ciegas" como quien dice.

Me lo encargó, porque estaba fuera, y me dio completa carta blanca.

La única pista era que llevaría un traje azul bastante oscuro.

Esto es lo que llegó a sus manos... o, mejor dicho para ser exactos, a su cabecita.



Cuando íbamos a la playa, yo me pegaba a ella como una lapa (apropiadísimo el parangón, ¿verdad?).

Nació miss actividad. Tenía que hacer algo siempre, porque era como si su cerebritito le diera órdenes sin parar... a las que ella se amoldaba, ¡claro, clarito! sin la menor vacilación.

O sea que eso de estar tumbada al sol encima de la toalla no era su estilo. Y yo la seguía de peñote en peñote, con un cubito en la mano, buscando caramujos.

Guardo un extraño recuerdo de llevar siempre encima un alfiler para quitarlos de su concha y comerlos. Pero como había que cocerlos, eso se podía hacer en casa, no en la playa.

Se ve que en alguna ocasión alguien del barcito/cuchitril nos hizo un favor.

¡Quién sabe!

¡Eso de los recuerdos es la caraba!

Coincidimos en Madrid en la misma casa durante un breve período y solíamos irnos de cuchipanda los fines de semana.

Luego optamos por tratar de recorrer el país, que era lo que nos apetecía a las dos.

Nuestra segunda salida otoñal fue a Ávila.

Tuvimos la mala pata de que, ignoro por qué motivo, los hoteles estaban a tope.

Vestidas en plan elegante, puro estilo dominguero (no sé por qué se nos ocurrió), con nuestro neceser de niñas bien en la mano, fuimos recorriendo la ciudad hasta que encontramos una especie de pensioncita de mala muerte donde nos dieron alojamiento.

La tal pensioncita era digna de rodar en ella “Psyco”, aunque fuera sin el Tony Perkins retorcido.

Nuestra habitación era enorme, con dos camas gigantescas y altísimas.

Si nosotras casi teníamos que pegar un salto para subirnos –y pertenecíamos al género medio-gigantonas- no puedo imaginarme cómo se las arreglaban las personas normalitas tirando a bajas.

En un rincón había un micro lavabo con un espejito encima en el que sólo podíamos vernos un ojo o una oreja, mientras nos lavábamos las manos.

El WC estaba fuera, claro, en un rincón del pasillo frente a la escalera. Era un cuadradito diminuto, sin ventana, en el que la luz tenía que estar siempre encendida. Esto servía como señal de “ocupado”.

La ventilación estaba a cargo de un rectángulo cortado en la parte superior de la puerta. Al utilizarlo, la sensación era la de que una hacía sus necesidades en público.

Recuerdo todavía la congoja que me entraba tratando de hacer pis bajito bajito, sin que se oyera fuera. Tardaba un siglo en solucionar algo que con medio minuto estaba listo, incluso en momentos con riñón más agobiado.

Naturalmente el sábado nos dedicamos a ver todas las maravillas que estaban abiertas al público y por eso al alcance de nuestra admiración... que no tenía límites.

Y a recorrer palmo a palmo lo se nos brindaba.

Pero como éramos unas pititas de caray, no nos limitamos a la ciudad.

El domingo decidimos que queríamos verla desde arriba. Preguntamos cuál era un buen punto de observación y empezamos a seguir una carreterita que llevaba a un alto, desde donde constatamos ampliamente que la ciudad, en medio de un páramo y enmarcada por las murallas era tal cual una tarta de cumpleaños donde las almenas servían de candelitas.

Al bajar nos empeñamos en verla desde la carretera, porque al viajar en tren habíamos perdido la perspectiva.

Dado que faltaba mucho para el regreso, podíamos hacer lo que nos apeteciera.

Empezamos a andar tan tranquilas.

En tiempo récord estábamos en pleno campo, en la soledad más absoluta, sin que hubiera nada de nada ni a la derecha ni a la izquierda. Quiero decir que ni siquiera un matorral.

Pero eso sí, a nuestras espaldas se encontraba esa tartita medio inclinada hacia adelante que era un quitapenas de belleza.

De repente oímos un coche que se iba acercando y que se paró al llegar a nuestra altura.

Los tres varones que lo ocupaban nos miraban atónitos mientras nos preguntaban qué hacíamos allí.

Se lo contamos, claro y les entró una risa loca con hipo y todo. ¡Es que debíamos de ser un espectáculo!

Vestiditas en plan dominguero, neceser en una mano y bolsito en la otra, caminando en la dorada meseta desértica como si estuviéramos en la calle principal de un pueblo...

...en una época en que las chavalas no iban por su cuenta (es decir solas solitas) a ningún lado, si se exceptúa la misa y poco más.

Todavía conservo las fotos. Uno de ellos era fotógrafo profesional y ya había sacado una de lejos, en cuanto nos divisaron, porque nos tomaron por una aparición, no por criaturas de carne y hueso.

Cuando consiguen dominar la hilaridad nos dicen que ellos vienen desde el sur del país para fotografiar un lugar allí cerca donde hay una enorme cantidad de cruceros.

Nos invitan a acompañarles, y nos aseguran que luego nos dejarán en la estación para que cojamos el tren de regreso a Madrid.

No vacilamos ni un segundo...

...en una época en que las chavalas no entraban en el coche de desconocidos (*y tampoco en el de los vecinos de casa, si es por eso*)...

Es que hay que ser dementes para hacer algo así.

Justo lo contrario de lo que nos habían inculcado machaconamente durante toda nuestra vida (y estoy hablando de 1969-70), cuando:

-hacer cualquier viaje solas se traducía en “ser un pingo”,

-aceptar invitaciones para subirse a un coche tenía un significado de esos con la “P”,

-viajar con varón que no era tu marido... ayyyyyy....

Nuestra, espontaneidad, buena voluntad o lo que sea tuvo su recompensa.

Durante un largo período recorrimos cachitos del país con estos viajeros incansables y voluntariosos.

Este último adjetivo se debe a que en aquel período las carreteras eran lo que eran y, por ejemplo, para llegar al Parador de los Picos de Europa se requería Dios y ayuda.

No creo que valga la pena recordar las camas demenciales donde nos tocó dormir...

...ni las numerosas veces en que nos tocó hacer pis en corrales, tratando de defender el trasero de las picoteantes gallinas...

...oyendo los gruñidos de los malolientes cerdos...

...o el ruido de las vacas que se comían lo que fuera haciendo un ruido tremendo al mover la lengua de derecha a izquierda...

(¡Cómo odio toda esa animalada!).

Es cierto que, mirando hacia atrás, constato que la situación era bastante “especial”.

Incluso me atrevería a definirla como “irreal”.

Los “chavales” vivían en una ciudad pequeña, eran buenos profesionales, independientes económicamente y, como es natural, sus familias anhelaban la aparición de la denominada “alma gemela” con el consiguiente casorio.

Las “chavalas” teníamos un buen trabajo, éramos independientes, habíamos vivido en el extranjero... y no queríamos ni oír hablar de bodas, ni sentimentales ni de ningún tipo, cosa que salió a relucir en la primera media hora de nuestro encuentro.

Los “chavales” vieron el cielo abierto:

a) *Querían conocer el país y por eso estaban dispuestos a pasarse algunos fines haciendo kilómetros en coche con tal de ver algo interesante;*

b) *Su formación era técnica y montañera, porque eso de andar trepando por los riscos les chiflaba;*

c) *Eran partidarios de no saltarle a la chepa a ninguna cristiana tanto porque sí;*

d) *Nosotras éramos unas “culturadas” pero sin coche.*

¿Dónde se encuentra un complemento más complementado que éste?

Durante un par de años, cuando el trabajo se lo permitía, se hacían sus X00 km antes de llegar a Madrid y luego seguían nuestro programa.

Cuando mi compa de viajes y yo nos encontramos de nuevo, tras un montonazo de años, nuestra primera conversación fue muuuuy delirante.

Ambas queríamos contar nuestras vicisitudes y, naturalmente, se creó un desbarajuste épico, con las dos hablando y hablando al mismo tiempo.

Luego nos organizamos para ponernos al día, de modo ordenado. Poco tiempo después me pidió que le hiciera un tocado.

Al ver el “objetito”, le entró un tal ataque de hilaridad histérica que temí que me tocara llamar a la Cruz Roja.

No sé si es para tanto...

Mientras se lo probaba, de repente empezó a decir que había que añadirle alguna ristra de cacahuetes.

Y me daba instrucciones y todo: *“si pones un nudo entre uno y otro, yo al final recorro la mesa arrancándolos uno a uno y regalándolos a los que me caen simpáticos”*.

¡Si esto no es purita demencia, que venga Dios y lo diga!

Como es obvio me negué rotundamente a acoger su sugerencia. Pero reconozco que cada vez que veo la foto del tocado de marras, me veo también una melenita de cacahuetes...



Los retoños de las de mi quinta

– C 1 –

Nació andariega de pro, y viajera incansable, de eso no hay ni la menor duda. Y tuvo la suerte de que en su época ya había el eurail pass para estudiantes.

¡Qué envidia envidiosísima y cochínísima la mía!

A mí me tocó atravesar la península en los trenes de madera de tercera clase (que me encantaban, porque subía y bajaba gente divertidísima) y, más tarde, utilizar los servicios de Europabus, que tampoco era el máximo del confort.

Porque, en ciertos casos, me tiraba 4 días viajando, en plena canícula, dado que emprendía mi fuga el 29 de junio, fiesta de san Pedro y san Pablo....

¡¡¡Ayyyyy, qué nostalgiaaaaaaaaaaaaaaaaaa!!

En cuanto terminaba sus exámenes, agarraba de mochila y, con algún compañero voluntario, chico-chica, daba igual, le sacaba hasta la última gotita de jugo a dicho pass.

Alguna vez cayó por Italia, por eso sé algunas cosas.

Iba de tren en tren, alojándose en los hostales de la juventud. Y en plan alimentación tenía ideas muy claras: aprovechar lo mejor que está en oferta.

Me partí de risa cuando un día me comentó: *“Nos levantamos a las 5 de la mañana para ir a Pestum a ver el amanecer, armadas de pan, tomate y embutido.*

Y es inenarrable estar allí, dando mordiscos al bocata, con el sol que empezaba a iluminar las ruinas”

La confidencia que me dejó anonadada (y no recuerdo por qué salió a relucir una vivencia de este tipo) fue la referente a un recuerdo negativo de su infancia. Uno de los amigos de sus padres, que cotidianamente pasaba para jugar la partida, aprovechaba cualquier ocasión para entrar en su habitación y hacerle un montón de porquerías... o pedirle que se las hiciera a él.



Cuando me encargó un tocado, me divertí mucho haciendo esta chorrada.

Yo sé que a ella le gustaban mucho los perros, pero no me esperaba que, viendo la foto, le encontrara parecido con un caniche que tiene un ojo blanco, otro con una margarita amarilla, la nariz negra..., etc.

Lo bueno/malo –que me contó muerta de risa- es que los dos cordones rematados con bolas de cristal, sembraron el terror en la boda, porque cada vez que movía la cabeza, las bolitas salían disparadas y prácticamente la tenían vigilada para evitar roturas de gafas o cosas similares.

Se aceptan comentarios, opiniones, etc.

Fue uno de esos encargos que me llegó del extranjero.
Tocado dejado a mi única y solemne discreción.

Su madre fue una de mis primeras alumnas en Milán. Pertenecía al grupo de las “chaponas”.

Terminado el curso, estaba un día en mi taller, en un pueblito de los alrededores, donde preparaba mis colecciones y demás etcéteras, cuando me la veo aparecer con un niño de unos 6 años.

Yo encantada de verla.

El chavalito se hace el amo de la situación e incluso me ayuda a devanar una madeja tras otra.

Naturalmente les invito a comer en la “Casa del Popolo”, el “restaurancito” del PC del que se hablaba en las novelas de Guareschi que tenían como protagonistas a Don Camilo y Pepone.

La primera vez que fui a Madrid, a estudiar, recién cumplidos los 17 años, me compré uno de sus libros en italiano.

No entendía ni papa del texto.

Me propuse aprovechar la mínima oportunidad que se me pusiera delante de los morros para aprender el idioma y leer mi amadísimo Guareschi en la lengua original.

¡¡LO HICE!!

Claro que más tarde lo mismo me pasó con Woodehouse, que quería leer en versión original, inglés, para reirme con motivo.

¡¡TAMBIÉN LO HICE!!

Dejando a un lado este inciso, durante la comida oí cosas de lo más chocantes... e inesperadas.

Yo conocía a su madre profesionalmente. Pero ignoraba que tenía la manía de casarse (casi siempre con arquitectos o similares), hacer un hijo, divorciarse, recasarse, hacer un hijo con el marido del momento... etc.

El chavalín era el fruto del cuarto matrimonio. Y ella me lo presentó como “nº cuatro”.

Llamaba a sus hermanos de acuerdo con el orden de aparición en este mundo cruel.

Como dicho mundo es muuuuuuy raro, por motivos de trabajo me encontré cenando en su casa con ella, el marido nº 4 y toda la tribu.

Dicha tribu comprendía también otros dos chavales, descendientes del marido de aquel momento.

Vivían en un chalet gigantesco (proyecto de uno de los maridos, arquitecto de renombre), en el que la atención del visitante se centraba de inmediato en un sorprendente mural que recubría toda la pared del fondo y seguía por las escaleras hasta el primer piso.

La mesa, no muy ancha, medía 3 metros de longitud, con lo cual había un tránsito incesante de fuentes, cestas, cuencos o lo que fuera adelante-atrás / atrás-adelante.

Su madre era tan simpática que acaparraba la atención porque sí, aunque no se percatara de ello.

Pensándolo bien, dado su tipo de trabajo, el captar la atención mientras hablaba era lo suyo.

Fue una de las primeras intérpretes del parlamento europeo, y seguía siendo la “chichi” cuando se trataba de acompañar a altos cargos del Gobierno en las reuniones de super alto nivel.

A veces la vi en el telediario, cuando el “cameraman” alargaba la imagen antes de centrarse en los dos protagonistas de turno, ministros o jefes de Estado. Era irreconocible, tan formalita, traje de chaqueta oscuro, pies juntos y cuaderno en la mano.

Cuando mi ex alumna, con la cual siempre estuve en contacto, me habló de un tocado para su hija, claro que dije

SIIIIII

Ella me mandó una foto de la carne-de-su-carne.

Y yo le mandé su tocadito.

Éste.



– C 3 –

Por lo que recuerdo, ¡menudo cocón era su progenitora!
Miraba todo y todos con ojos de espía soviética, sin perderse ni
ripio de lo que pasaba a su alrededor.
Pero no soltaba ni una sílaba.

Claro que cuando volvimos a vernos, a mi regreso al lugar natal,
se le abrieron las cataratas de los recuerdos y nos divertimos como
chavalillas cosiendo los retazos de nuestras mutuas vivencias.

Entre otras cosas, me contó una historia chulísima.

Tenía 8 años cuando, estando en la terraza de su casa, oyó que al-
guien tocaba el piano en el hotel al otro lado del callejón.

En un momento cualquiera descubrió que el pianista era un médico
recién llegado.

Aquella música, “doméstica” por así decir, la decidió a estudiar
piano, aunque con el solfeo era una manta.

Pero con las teclas se las arreglaba super bien.

Cuando se inauguró el Conservatorio, se matriculó de inmediato e
incluso consiguió salir airoso en los exámenes, por purtísimo milagro.

Y me explicó su truco.

La métrica no era lo suyo, dado su repelús por el solfeo. Pero tenía
un truco.

En las lecciones, cuando había que tocar la pieza prevista, dado
que siempre llegaba a clase con los dedos azules del frío, era la última
a tocar. Mientras, como tenía un oído bestial, memorizaba los tiempos.

Nadie se dio cuenta de nada.

Y luego se marchó a la Universidad y se acabó.

Pero siguió tocando el piano de oído, es decir improvisando. Pes-
caba todas las canciones a la buena de Dios, y ¡venga a darle al te-
clado!

*Sus padres (o sea los abuelos de la destinataria del tocado) eran
socios de la Filarmónica y por eso mi amiga no se perdía ni un con-
cierto.*

Me comentó que su madre se aburría mortalmente en tales ocasiones y se limitaba a mirarla fijamente (Dios sabe por qué, porque la tenía siempre en casa). Para más incordio, por ejemplo, cuando ella estaba concentrada y – costumbre heredada de su progenitor – empezaba a frotarse el labio inferior, mamáíta interrumpía su éxtasis dándole un codazo.

Su hija era diversa pero, eso sí, una heredera de pro con todas las de la ley.

Actualmente es una excelsa pianista, profesora en uno de los Conservatorios de mayor renombre –no en aquel donde yo metí el patuco repetidamente- y da conciertos por doquier.

¡Una joyita como quien dice!

Me cupo el honor de que me encargara un tocadito veraniego en cuanto nos conocimos.

Éste es el que le dediqué.

Y reconozco que le quedaba perfectamente perfecto.



Esta “churumbela” vive en la capital y, según me comenta, aprovecha todas las ocasiones que le pasan por delante de las lentillas para organizar sabrosas cuchipandas...

... Cuando no está pegando saltos “para ver el mundo”, como dice, aprovechando todo tipo de oferta de vacaciones-puentes o lo que sea.

Es que no hay nada que la pare.

Claro que también es cierto que le toca ser protagonista de extraños y desconcertantes lances.

En uno de ellos, por purísima casualidad, me tocó el honor de desempeñar el papel de actriz secundaria.

Yendo en avión de la capital-a casa/de casa-a la capital (como solía hacer con frecuencia), a la “churumbela” le tocó como compañero de asiento un italiano espigadito, con ojazos verdes y frente despejada (es decir ligeramente calvorota, hecho que compensaba con una especie de melenita en la parte de atrás).

Habla que te hablarás, al llegar a destino cumplieron el habitual rito de intercambiar tarjetas de visita, etc.

Y sus conversaciones prosiguieron luego durante bastante tiempo. Por teléfono, claro, porque cada mochuelo estaba en su olivo, ella en España y él en Italia.

El machito en cuestión era noctámbulo, por eso se volvía logorroico en cuanto sonaba la última campanada de la medianoche. Y podía tirarse horas contando sus cositas (a lo mejor incluso sin estar ojeroso al día siguiente).

De vez en cuando él aparecía por la capital, por motivos de trabajo, y la “churumbela” organizaba algún guateque que otro, etc.

Todo normal, vaya.

Un día cualquiera apareció con un regalazo consistente en una enorme manzana de jade comprada en Nueva York.

No sé muy bien lo que pasó luego. Pero coincidió que estuviera en casa de ella cuando, muy a mi pesar, me tocó ser testigo de una conversación un poco irreal.

Yo ya estaba metida en la cama, cuando ella apareció con el inalámbrico en la mano e indicándome que cogiera el otro teléfono.

Negra, sintiéndome una espía pobrete, me puse a escuchar la conmovida confesión del italiano de marras, que resultaba muy, muy, muy demencial, según mi baremo.

Consistía en que llevaba casado desde el año catapúm –sin que sus conocidos lo supieran- con una señora que vivía en Alemania y a la cual no veía jamás de los jamases.

Pero al parecer la idea de un status de “casado/soltero” era la manita de Linus que lo arropaba.

O sea que estaba encantado de ser un soltero/casado. Y ni loco quería renunciar a una situación tan sumamente privilegiada, según él.

No sé quien de las dos estaba más boquiabierta.

Ambas colgamos al mismo momento.

Al día siguiente la “churumbela” llevó a Correos el paquetón con la manzanota.

Pero lo rechazaron como sospechoso.

Dos días más tarde yo me iba a Milán, así que metí el paquete en la maleta y, nada más llegar, cuando cogí el taxi en Linate, pasé antes por la portería del marido/soltero para depositar el rechazado regalo.

¿Qué pasó luego?

Días y días de silencio absoluto.

Y como las cosas pasan cuando tienen que pasar, estaba de nuevo en casa de la “churumbela” una noche cuando suena el teléfono y al otro lado, una voz entrecortada y asfixiada comenta que lleva días metido en casa, sin atreverse a salir...

Está claro que la destinataria de tal llamada no soy yo, así que paso el auricular a quien corresponde.

¿De qué iba el asunto?

Pues que el pobre desgraciado, al parecer, y por motivos relacionados con su trabajo, había recibido amenazas amenazadoras. Y cuando le llegó un paquete sin remitente, pesado y que hacía cloc-cloc al moverlo, pensó que podía ser algo explosivo. Y en lugar de llamar a la policía o lo que fuera, se encerró en su casa, se sentó en un sillón y allí se quedó sacudiendo el dichoso embalaje, sin decidirse a abrirlo.

Cuando al final lo hizo, le montó a la “churumbela” un puro lacrimoso de no te menees.



Tuvo la suerte de que sus papis fueran muy modernos

Quiero decir que no querían que sus hijas pasaran los tres meses del verano sin pegar golpe y por eso les organizaban cursos en Francia o en Inglaterra.

Fueron pioneros en eso de dar muuucha importancia a conocer bien los idiomas.

Así salieron ellas de viajeras, que es que no pararon, ni durante el Bachillerato ni en el período universitario.

Menos mal que estaban bien entrenadas, porque el Señor Destino había preparado un futuro de desplazadas internacionales, con maridos a los que enviaban de la Ceca a la Meca haciendo etapas en Hong Kong – Buenos Aires – Nueva York – Singapur - Montreal...

¡Un completo delirio itinerante!

Cuando una de ellas vino a encargarse su tocado, cotilleando de esto y lo otro -y no recuerdo con qué motivo-, salió a relucir que solía ir siempre a la playa nudista.

Me quedé de una pieza (de unas 10 piezas, queriendo ser puntillosa).

No tenía ni la más mínima idea de que existiera dicha playa. Me comentó que había que saber donde estaba, dado que no había indicación de su emplazamiento.

Yendo por la carretera hacia el norte, cuando se veían coches aparcados lindando un bosque, se aparcaba; se atravesaba a pie la zona de eucaliptos durante un buen rato, y al final se venía recompensado con la visión de una playaza de arenita blanca, con el personal en cueros que disfrutaba de lo lindo de tanto rayito solar.

Y por eso de que el movimiento se demuestra andando, se dio la vuelta, le pegó un tirón a las bragas... ¡y me enseñó sus posaderas de color madera!...

No era muy charlatana, pero cuando contaba algo, era siempre jugosito.

La única vez que estuvo en Venecia con su marido, él decidió que le encantaría llevarse una corbata de recuerdo.

Parecería algo fácil de conseguir, porque se ande por donde se ande, abundan las tiendecitas con las paredes tapizadas de corbatas de todo tipo.

Tras 3 días de subir y bajar puentecitos, ver iglesias, ver de todo así como inspeccionar las numerosas corbatas expuestas en las numerosas tiendas, sin encontrar la de sus sueños, llegó el momento de volver a casa.

¡Lo que son las cosas!

En la tienda del aeropuerto encontró ¡por fin! lo que consideró el colmo de su sueño inexpresado hasta aquel momento:

¡¡Una corbata de seda BLANCA BLANQUÍSIMA!!

No le pregunté a la esposa del afortunado cual fue su reacción.

Pero sí recuerdo cual fue la mía.

Me entró un tal ataque de hilaridad que pensé que así debían ser los ataques de histeria, porque estaba doblada en dos y copiaba a Mortadelo y Filemón cuando sueltan estentóreos JUA JUA JUA AAAAAAAAAA...

Porque pensar en todas las maravillas con colores que existen en ese campo, e imaginar alguien que sueña la ausencia de color fue demasiado para *my body*.



Apéndice

(Lista de dichos,
refranes,
majaderías de mi cosecha
y otros etcéteras
que salpican el texto)

¡Bah! ¡Beh! ¡Bih! ¡Boh! ¡Buh!
A la buena de Dios
A lo tonto a lo tonto
A otra cosa mariposa
Abrir los ojazos
Aburrir a muerte
Aburrirse mortalmente
Acicate
Acompasadamente
Acuñar
Achuchón
Agenciarse
Aire de mosquita muerta
Alma cándida
Alma gemela
Amilanarse
Amoldarse
Amontonar armas y bagajes
Andariega de pro
Antenitas tiesas
Apabullada
Armarse de santísima paciencia
Asuntillo
Ataque de je je ji ji
Atosigar
Babear
Bagaje
Bailongo
Bailotear de lo lindo
Balas, fardos
Bares de alterne
Besos de tornillo
Bienes sabrosones
Bobada
Bombo y platillo
Boqueabierto
Brete
Caballo de batalla

Cabreo
Cabronada
Cacho
Calcetar como una loca
Campear
Canear
Capazo
Caraba
Carácter de cascabel
Caray
Carota
Casorio
Celeridad
Cerdo cabrón
Cintura de avispa
Claro clarito
Claro como el agua clara
Cocón
Colmo de los colmos
Comer como limas
Comidilla
Comilitone
Con prisa y sin pausas
Con todas las de la ley
Consorte
Contenta como unas castañuelas de lujo
Contento como un Papa
Convertirse en piedra pómez
Copete
Correrías
Correrse la noticia
Cortar el hipo
Cortar un pelín
Cosechar éxito
Cosechar éxitos a manta
Coser retazos de recuerdos
Craso error
Cuatro gatos

Cucurucho
Cuchillo en ristre
Cuchitril
Cuenta-historias
Cuerpecito saleroso
Chabacana
Cháchara
Chapar
Chapona
Chiflar
Chirimbolada
Chistoso
Chocar
Chorrada
Choteo
Chungo
Chupi canela
Churumbel
Dar codazos a mansalva
Dar por sentado
Dar rienda suelta a la imaginación
Dar un telele
De amor y de acuerdo
De lo lindo
De marras
De mi quinta
De pro
De que va el asunto
De todo hay en la viña del Señor
Dejar pegamentada
Dejar sin palabras, sin verbos y sin puntos exclamativos
Dejarme turulata
Depre
Desangelado
Desbarajuste
Despacharse a su gusto
Despatarrada
Espiste

Desplomar
Dicharachera
Dicho y hecho
Dientes afuera
Diestra y siniestra
Dios las cría y ellas se amontonan
Dios y ayuda
Disquisición
Divertirse como chavalillas
Divertirse como una enana
Echar el cerrojo
Encenderse un faro en el cráneo
Engorro
Enmendar la plana
Ennoviarse
Enormes proporciones
Entonar mi lema favorito
Entredicho
Envidia cochinísima
Escabullirse
Escacharrar
Esperar esperanzosa
Esperar lo que se tercie
Estar a tope
Estar en mi mano
Estar guillada
Estar hasta las narices
Estilarse
Estomagar
Estrujadísimo
Éxito exitoso
Fase charlatana
Feliz como unas castañuelas
Fiambre, vulgo cadáver
Fornicador
Frente a frente
Fruto de sus entrañas
Furcia

Gozada
Grimoso
Guarrada superlativa
Guillada
Gustirrinin
Hablar como loros
Hacer buenas migas
Hacer de su capa un sayo con chaquetita guateada
Hacer de tripas corazón
Hacer manitas
Hacer oídos sordos
Hacer ojitos dulces
Hacer un carrerón
Hacer una gracia loquisima
Hacerse el amo
Hacerse la longuis
Hecha purita fosfatina
Hecho una sopa
Heredera actualmente casadera
Herniada
Hipo
Horror de los horrores
Hundir en la miseria
Idea lograda
Idea novedosa
Idiosincrasia
Importar un bledo
Importar un pepino
Importar una docena de huevos de Pascua
Inciso
Inculcar
Inenarrable
Inocente mema
Inocentísima
Interfecto
Ir de ganchete
Jabato
Jamás de los jamases

La envidia me comía las tripas
Lapa
Lares
Largarse con armas y bagajes
Las desgracias nunca andan solitas
Las vías del señor son infinitas
Lema
Lenguotas viperinas desatadas
Lo que se tercié
Llevar al huerto
Llevar aparejado
Llorar como un becerro
Llover pedidos
Machaconamente
Madrugón
Majaretada
Malas lenguas desatadas
Mandilón
Mantener tiesas las antenitas
Marcharse con viento fresco
Marras (de)
Más super importante
Mema
Menda lerenda
Meter el patuco
Meter las santas manitas
Momentos negro-sepia
Montar un número
Montar un pisazo
Moquero
Mosquita muerta
Muy resultona
Nadería
Nanayyyy
Nariz contra nariz
Ni corta ni perezosa
Ni en broma
Ni pizca

Ni siquiera Dios sabe donde
No haber la menor duda
No cortarse ni un pelín
No dar abasto
No decir ni mu
No decir ni pio
No entender ni papa
No importar un pimiento morrón
No haber la menor duda
No perderse ni ripio
No ser moco de pavo
No soltar una silaba
No te menees
No tener arte ni parte
No tener chispa
No tener donde caerse muerto
No tener nada que ver
Nombre de pila
Non-plus-ultra
Novedosidad
Noviete
Ojos como tapas de los cubos de basura de antes
Ojos de espía soviética
Orejas gachas
Otras brevas
Palante y patrás
Palique
Paparse
Papel empañado
Papel empapado
Para más inri
Parangón
Partirse de risa
Pasar desapercibido
Pasar por la vicaría
Pasar por las mientes
Pasarlo bomba
Pasarlo pipa

Pasarse de rosca
Pasarse una horita sabrosa
Pasma, pasmado
Pataco
Pecadento
Pedazo de pan
Pegamentado
Pegar alaridos
Pegarse como lapas
Pegar ojo
Pelos y señales
Pendejazo
Pequerrecha
Percatarse
Perdonavidas
Permitirse el lujo
Perra gorda
Perrillo faldero
Personal y propio
Personas de mi quinta
Picar como una trucha tonta de criadero
Pillar desprevenido
Pirárselas
Pirrar
Pobre de solemnidad
Poner a buen recaudo
Poner al corriente
Poner al mal tiempo buena cara
Poner al tanto
Poner los cuernos
Poner manos a la obra
Poner negro
Poner perdidita con tanto incienso
Ponerse a tiro
Ponerse chulo
Ponerse delante de los morros
Ponerse el mundo por montera
Ponerse en plan chinche

Ponerse hecha un asco, una fiera
Ponerse hortera
Ponerse sublime
Por doquier
Por narices
Proeza
Profeta en su terruño
Propinar
Propuesta deshonesto
Puritísima casualidad
Que se le va a hacer
Que venga Dios y lo diga
Quedar en agua de borrajas
Quedar pasmada
Quedar plantada
Quedar superior
Quedarse atrás
Quinto pino
Quisque
Quitapenas
Quitar el hipo
Quitarse la palabra
Ramalazo
Rareza
Rebosar de orgullo
Refunfuñona
Regresar al terruño natal
Remolón
Rendir pleitesía
Reojada
Reposo del guerrero
Requetemucho
Resultona
Retoño
Ristra
Rollo
Romantiquería
Sabe-Dios-qué-cosa

Saber de bueníiiiisima tinta
Saber de qué va
Sabrosón
Sacar hasta la ultima gotita de jugo
Sacar punta a todo
Sacrosanta
Sacudirse de encima
Salerosa
Salir a relucir
Salir airosa del brete
Salir airosa del lance
Salir de las narices
Salir el tiro por la culata
Salir rana
Saltar a la comba
Saltar a la chepa
Sandunguera
Secuencia muuuuuy larga
Sembrar el terror
Sempiterno optimismo
Sentirse un gusano peludo
Ser de armas tomar
Ser de ciudad
Ser el non plus ultra
Ser la comidilla
Ser menos
Ser una fan
Servirse de kilos y kilos de aplomo
Silbidos de muerte
Sin arte ni parte
Sin orden ni concierto
Sin prisas pero sin pausas
Socorrido
Soldado galileo
Sonar fatal
Subirse el orgullo a las orejas
Subsanar de raíz
Suspense

Talón de Aquiles
Talludito
Tarambana
Tejemanaje
Telele
Tener cuerda para rato
Tener chispa
Tener gustirrinín
Tener suertaza
Tener miga
Tener sin cuidado
Tener un enganche con
Tertulia
Tocadito alegrote
Tocar el estupendo honor
Todito todo
Todo el santo día
Todo lo habido e imaginable
Todo quisque
Trabas
Tremendófilo
Tropecientos
Trotamundos
Turulata
Única y exclusivamente
Vago de solemnidad
Vástago
Venir a cuento
Ver el cielo abierto
Verdad verdadera
Viento en popa
Vivito y coleando
Volver al redil
Volverse tarumba
Vulgo
Zapatos de equilibrista
Zarpas pelosas

